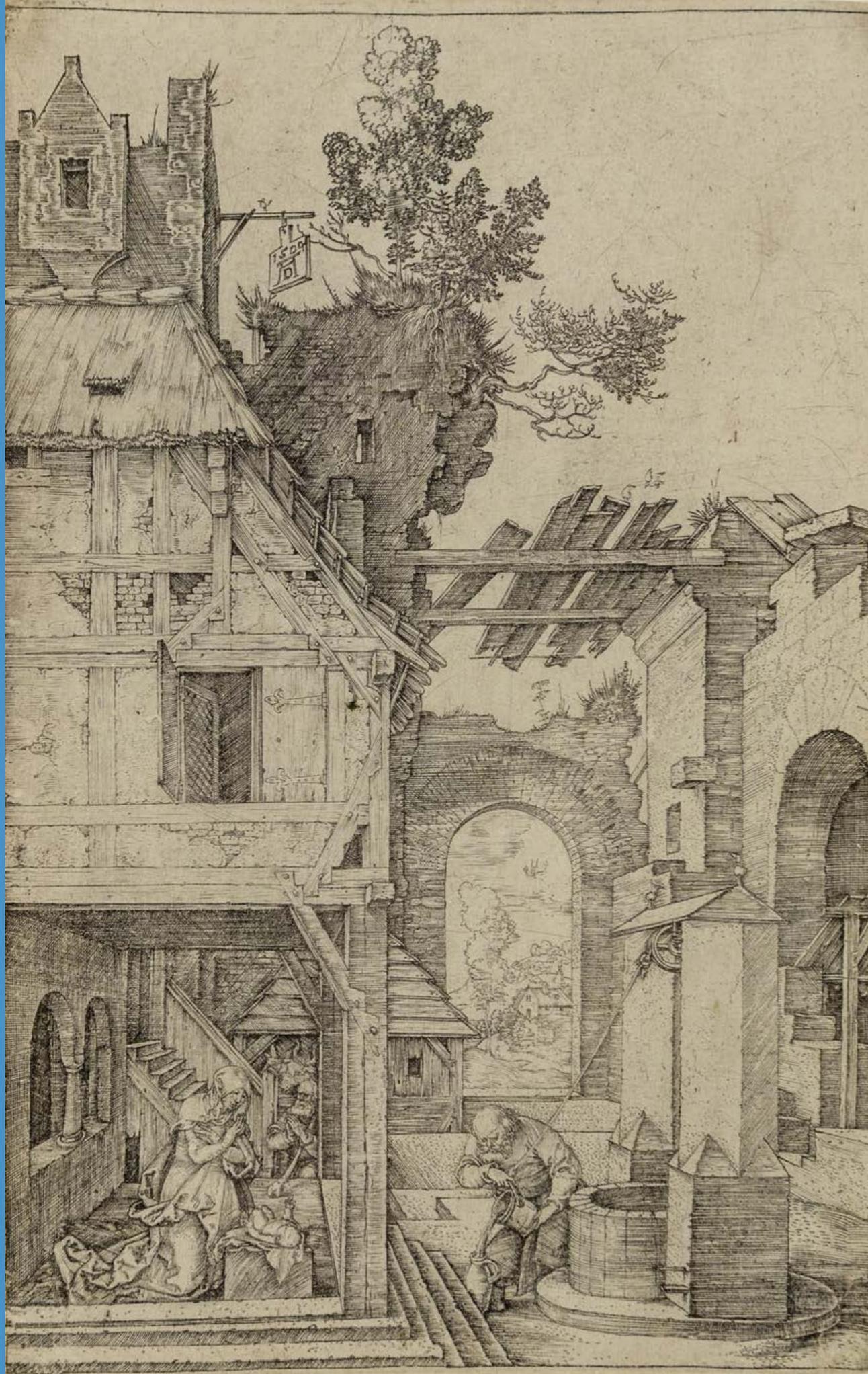




Barbárika^{No. 1}

Revista de literatura traducida





Barbárika

Revista de literatura traducida

N.º 1

Bogotá, Colombia

Septiembre-octubre de 2021

ISSN: 2805-7155 (En línea)

Asociación Colombiana de Traductores, Terminólogos e Intérpretes

ACTTI

www.actti.org

Miembro de FIT y FIT LatAm

Presidente 2021: Sandra Bibiana Clavijo

Consejo directivo 2021: Ivanna Castaño, Nidia Díaz, Jeanine Legato, Constanza Malavert, Pablo E. Reyes, Alejandra Saavedra, Flor María Torres, Mateo Cardona Vallejo.

Colombia

ACTTI Literaria/Barbárika

Miembro de alitral, la Alianza Iberoamericana para la Promoción de la Traducción Literaria

Director y editor: Mateo Cardona

Corrección de textos: Martha Cecilia Mesa, Guillermo Balseiro y Alfonso Conde

Diseño y diagramación: César Fernando Garzón Paipilla

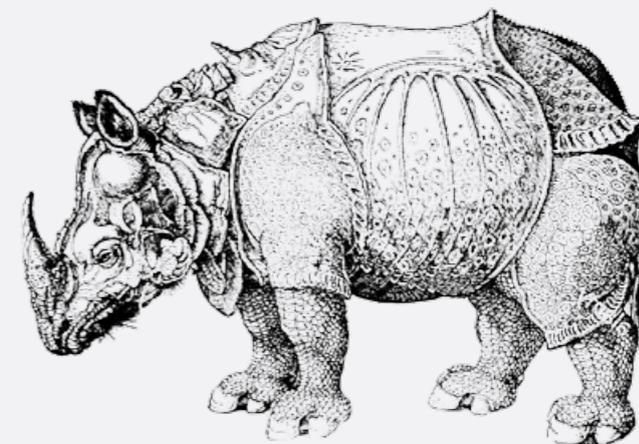
Colaboran en este número: Guillermo Balseiro, Bertha Barba, Alfonso Conde, Nidia Díaz, Claudia Carolina Gómez, María Cristina Leyva, Constanza Malavert, Martha Cecilia Mesa, Nubia Olarte, Alejandro Ramírez, David Reyes, Violeta Villalba, Paulina Zuleta.

Este número de Barbárika se ilustró con obra gráfica de Albrecht Dürer.

Barbárika, revista de literatura traducida, es una publicación semestral sin ánimo de lucro destinada a la promoción de las literaturas del mundo, la formación de traductores literarios y editoriales, y a la difusión de su talento. Se prohíbe expresamente su comercialización por cualquier medio.

© Todos los derechos son propiedad de ACTTI Literaria y de los traductores cuyas obras publicamos. Se prohíbe su reproducción por cualquier medio.

Índice



Editorial

¡Zarpa esta nave!..... 6

Un esqueleto

Marcel Schwob

Traducción del francés de David Reyes..... 8

Los crisantemos

John Steinbeck

Traducción del inglés de Martha Cecilia Mesa Villanueva..... 16

El Ratón

Anaïs Nin

Traducción del inglés de Constanza Malavert..... 36

Las flores

Alice Walker

Traducción del inglés de Violeta Villalba..... 47

La mente atormentada

Nathaniel Hawthorne

Traducción del inglés de Alejandro Ramírez Pulido..... 51

Una noche, hace mucho, mucho tiempo...

Charles Ferdinand Ramuz

Traducción del francés de Nidia Díaz..... 58

Una casa encantada

Virginia Woolf

Traducción del inglés de Bertha E. Barba..... 67

La fotografía de Dios

Joe Stretch

Traducción del inglés de Paulina Zuleta Jaramillo..... 71

El cuerpo de Nadia

Chris Killen

Traducción del inglés de Nubia Olarte..... 82

Despegue

D. W. Wilson

Traducción del inglés de Alfonso Conde Rivera..... 90

La mesera

Robert Coover

Traducción del inglés de Guillermo Balseiro..... 105

La cima de la cadena alimenticia

T. Coraghessan Boyle

Traducción del inglés de María Cristina Leyva Isaacs..... 110



Editorial

¡Zarpa esta nave!

Con este número nace la primera revista colombiana dedicada a la literatura traducida, un empeño de la sección literaria de la Asociación Colombiana de Traductores, Terminólogos e Intérpretes - ACTTI, que cumple ya 23 años de existencia volcada al cumplimiento de los siguientes objetivos:

Promover el reconocimiento de las actividades de la traducción, la terminología y la interpretación;

Definir y velar por el mantenimiento de normas en las áreas éticas, comerciales y de competencia lingüística;

Fomentar la actualización del traductor, del intérprete y del terminólogo;

Ser interlocutor de primera mano de programas de traducción, interpretación y terminología en la formación universitaria y en las actividades que le atañen;

Integrar y apoyar a los traductores, intérpretes y terminólogos de la ACTTI;

Representar gremialmente a sus miembros ante terceros, y auspiciar el intercambio con asociaciones que persigan objetivos afines (Estatutos ACTTI, art. 4).





Amparada en este marco y en virtud de la solidaridad que vincula a la ACTTI con sus asociaciones hermanas de la Alianza Iberoamericana para la Promoción de la Traducción Literaria (ALITRAL), *Barbárika* se propone darle visibilidad al trabajo de los traductores literarios tanto colombianos como iberoamericanos, difundir las literaturas del mundo, promover los derechos de autor y las condiciones dignas de trabajo de los traductores literarios, crear lazos de fraternidad entre nuestros países y culturas, formar nuevas generaciones de traductores literarios y exaltar por todos los medios posibles la importancia de la literatura en la educación, la emancipación y el desarrollo de nuestros pueblos.

Barbárika recibe su nombre de la designación peyorativa que los antiguos griegos les daban a quienes no hablaban su lengua, a quienes desconocían en tanto diferentes y extranjeros. Nosotros los traductores, por el contrario, valoramos la diferencia y la alteridad. En tiempos de múltiples diásporas, señalamientos y discriminaciones, consideramos que la traducción de literatura posee una innegable significación política.

Aquí no esperamos a los bárbaros: les salimos al encuentro y los recibimos con la hospitalidad de nuestra cantina panhispánica. También acogemos llenos de alegría las colaboraciones de nuestros amigos y colegas en todas las orillas y variantes del español y las lenguas romances.

Mateo Cardona Vallejo

Bogotá, septiembre de 2021

Un esqueleto

Marcel Schwob

Traducción del francés de David Reyes

Pernocté una vez en una casa embrujada. Evito contar mucho esta historia, porque estoy seguro de que nadie va a creerla. Ciertamente esta casa estaba embrujada, pero allí nada ocurría como en las casas embrujadas. No era un antiguo castillo ubicado sobre una colina boscosa, al borde de un precipicio tenebroso. No había estado abandonada desde hacía muchos siglos. Su último propietario no había muerto de forma misteriosa. Los campesinos no se santiguaban con temor al pasar frente a ella. Ninguna luz pálida aparecía en sus ventanas arruinadas cuando el campanario del pueblo anunciaba la medianoche. Los árboles del parque no eran tejos y los niños miedosos no venían a acechar figuras blancas a través de los setos al caer la noche. No llegué a una posada donde todas las habitaciones estaban ocupadas. El posadero no se rasó la cabeza durante mucho tiempo, candelero en mano, ni acabó proponiendo, algo dubitativo, prepararme una cama en la parte baja del torreón. No añadió, con rostro espantado, que de todos los viajeros que habían dormido allí ninguno había regresado para contar su terrible fin. No me habló de los ruidos diabólicos que se escuchaban durante la noche en la vieja mansión. No experimenté un sentimiento interior de valentía que me empujara a tentar la aventura. Ni tuve la ingeniosa idea de proveerme de un par de antorchas y una pistola de chispa; tampoco tomé la firme resolución de mantenerme despierto hasta la medianoche leyendo cualquier volumen de Swedenborg, ni sentí a las doce menos tres una somnolencia plomiza abatirse sobre mis párpados.





No, nada sucedió como siempre ocurre en las aterradoras historias de casas embrujadas. Del ferrocarril acudí directamente al hotel *Trois Pigeons*. Tenía mucho apetito y devoré tres raciones de asado, pollo salteado con una excelente ensalada; bebí una botella de *bordeaux*. Después, tomé la vela y subí a mi habitación. La vela no se apagó, y encontré mi grog sobre la chimenea sin que ningún fantasma hubiese mojado sus labios espectrales en él.

Pero cuando estaba a punto de acostarme e iba a tomar mi vaso de grog para ponerlo sobre la mesa de noche, me sorprendí un poco al encontrar a Tom Bobbins junto al fuego. Me pareció que había adelgazado mucho; había conservado su sombrero de copa y llevaba un redingote muy apropiado; pero las perneras de su pantalón flotaban de un modo extremadamente desgarrado. No lo había visto desde hacía más de un año; de forma que le tendí la mano diciéndole: «¿Cómo estás, Tom?» con mucho interés. Estiró su manga y me dio a estrechar algo que al principio tomé por un cascanueces; y cuando iba a expresarle mi descontento por aquella estúpida broma, giró el rostro hacia mí y vi que su sombrero estaba plantado sobre un cráneo desnudo. Quedé un tanto más asombrado al encontrar en él una cabeza de muerto que en efecto reconocí por su manera de guiñar el ojo izquierdo. Me pregunté qué terrible enfermedad habría podido desfigurarle hasta tal punto; ya no tenía ni un solo cabello; sus órbitas estaban endiabladamente huecas, y no valdría la pena mencionar lo que le quedaba de nariz. En realidad, sentí algo de vergüenza de preguntarle. Pero él se puso a charlar con toda familiaridad y me preguntó sobre las últimas cotizaciones del *Stock-Exchange*. Tras lo cual me expresó su sorpresa por no haber recibido mi acuse a su carta de defunción. Le dije que no había recibido ninguna carta, pero él me aseguró que me había inscrito en la lista y que la había entregado de manera urgente en casa del director de las Pompas Fúnebres.

Entonces me di cuenta de que le estaba hablando al esqueleto de Tom Bobbins. No me precipité a sus rodillas, y no exclamé: «¡Retrocede, fantasma, quienquiera que seas, alma perturbada de tu descanso, que expías sin duda algún crimen cometido en vida, no vengas a asustarme!». No, pero examiné a mi pobre amigo Bobbins más de cerca y vi que estaba decrepito; tenía sobre todo un aire melancólico que me llegó al corazón; y su voz parecía confundirse con el silbido triste de una pipa babeante. Creí poder reconfortarlo al ofrecerle un cigarro; pero él se disculpó por el mal estado de sus dientes, que sufrían en extremo por la humedad en su cripta. Por supuesto, indagué con solicitud sobre su féretro, y me respondió que era de pino muy resistente, pero que por él se colaba un vientecito que estaba a punto de causarle un reumatismo en el cuello. Le aconsejé usar franela y le prometí que mi esposa le enviaría un chaleco tejido.

Un instante después, el esqueleto Tom Bobbins y yo habíamos puesto los pies en el soporte de la chimenea y hablábamos con la mayor comodidad del mundo. Mi única molestia era que Tom Bobbins insistía en guiñar el ojo izquierdo, a pesar de que ya no tenía ninguna especie de ojo. Pero me tranquilicé al recordar que mi otro amigo Colliwobles, el banquero, tenía la costumbre de dar su palabra de honor, aunque tuviese tanta como Bobbins ojo izquierdo.

Después de unos minutos, Tom Bobbins comenzó una especie de soliloquio mientras veía al fuego. Dijo: «No conozco una raza más menospreciada que nosotros los pobres es-





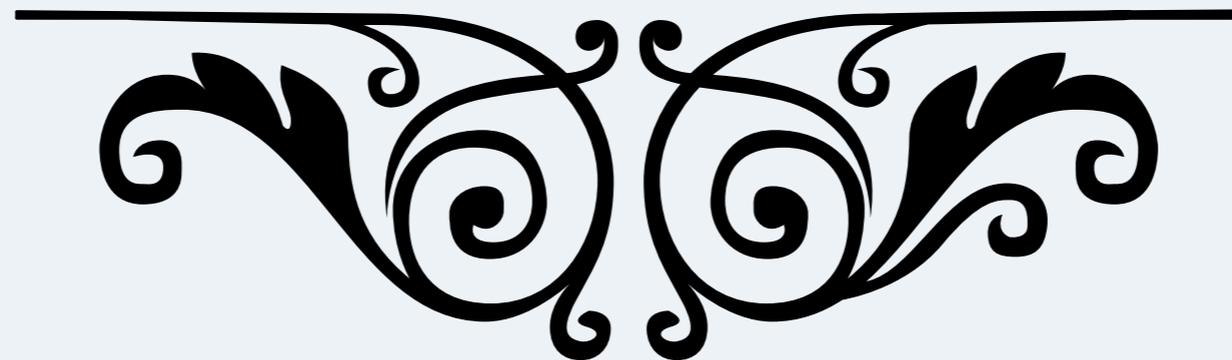
queletos. Los fabricantes de ataúdes nos alojan espantosamente mal. Nos visten apenas con lo más ligero que tenemos, un traje de gala o de noche; yo me vi obligado a pedirle prestado este traje a mi ujier. Además, hay un montón de poetas y otros bromistas que hablan de nuestro poder sobrenatural y de nuestra manera fantástica de planear por los aires y de los *sabbats* a los que nos entregamos en las noches de tempestad. Una vez me dieron ganas de agarrar mi fémur y quebrarle un poco la cabeza a uno de ellos para darle una idea de su *sabbat*. Sin contar que nos hacen arrastrar cadenas que resuenan con un ruido infernal. Me gustaría mucho saber cómo el guardián del cementerio nos dejaría salir con semejantes trastos. Entonces, vienen a buscarnos en los viejos cuchitriles, en las guaridas de búhos, en los hoyos cubiertos de ortigas y jaramagos, y se van a relatar por doquier las historias de los fantasmas que asustan al pobre mundo y lanzan gritos de condenados. No veo en realidad qué tenemos de aterrador. Solo estamos muy desprovistos y ya no podemos dar órdenes en la Bolsa. Si nos vistieran de forma adecuada, aún podríamos cumplir con funciones de sobra en el mundo. He visto a hombres aun más desplumados que yo hacer bonitas conquistas. Mientras que con nuestro alojamiento y nuestros sastres no podemos triunfar con facilidad». Y Tom Bobbins se miró una de las tibias con una expresión de desánimo.

Entonces me puse a llorar por la suerte de los pobres y viejos esqueletos. E imaginé todos sus sufrimientos cuando enmohecían en cajas clavadas y cuando sus piernas languidecían después de una *scottish* o un cotillón. Y le regalé a Bobbins un par de guantes de piel y un chaleco de flores que me quedaba demasiado estrecho.

Me agradeció con frialdad y noté que empezó a depravarse a medida que se calentaba. En un momento reconocí por completo a Tom Bobbins. Y echamos a reír con la carcajada de

esqueleto más hermosa posible. Los huesos de Bobbins tintineaban como cascabeles de una manera sumamente divertida. En esta hilaridad excesiva noté que se había reconvertido en humano, y comencé a tener miedo. Cuando vivía, Tom Bobbins era inigualable para meterte un paquete de acciones para la explotación de las minas de Guano Coloreado de Rostocolados. Y media docena de acciones similares le bastaban para devorar la renta de cualquiera sin dificultad alguna. Tenía también una forma de hacerte participar en una honorable partida de cientos y de desplumarte en el rubicón. En una partida de póker zafaba a quien fuera de sus luises con una gracia fácil y elegante. Si no te sentías contento, encantado te tiraba de la nariz y procedía a cortarte poco a poco con su *bowie-knife*.

Contemplé entonces el fenómeno extraño y contrario a todas las pálidas historias de fantasmas, con miedo de ver a Tom Bobbins, el esqueleto, volver a la vida. Porque recordé que me había engañado en un par de ocasiones y porque mi amigo Tom Bobbins de antes tenía una gran destreza en la lucha con cuchillo. Porque, de hecho, en un momento de distracción me había tallado una tira en la parte posterior de mi muslo derecho. Y cuando vi que Tom Bobbins era Tom Bobbins, y ya no se parecía en nada a un esqueleto, mi pulso se aceleró tanto que se volvió un único latido, una horripilación general me estremeció y no tuve ya el valor de pronunciar palabra.





Tom Bobbins plantó su *bowie-knife* en la mesa, como era su costumbre, y me propuso una partida de ecarté. Accedí con humildad a su voluntad. Se puso a tentar a la suerte. Aunque de arriesgado no tuviese un pelo, ya que Tom era demasiado listo para eso. Y al contrario de lo que sucede en los espantosos relatos de espectros, el oro que le gané a Tom Bobbins no se convirtió en hojas de encina ni en carbones apagados, por la sencilla razón de que no le gané nada en absoluto y fue él quien me quitó todo lo que llevaba en los bolsillos. Después, comenzó a maldecir como un condenado; me contó historias espantosas y corrompió todo lo que me quedaba de inocencia. Extendió la mano hacia mi grog y chupó hasta la última gota; no me atreví hacer el menor gesto para impedirselo. Porque sabía que enseguida habría tenido su cuchillo en mi vientre; tampoco podría haberme adelantado, porque de hecho él no tenía vientre. Luego me preguntó por mi mujer con una expresión terriblemente depravada, y por un instante tuve ganas de hundirle lo poco que le quedaba de nariz. Refrené ese deplorable instinto; pero en mi interior decidí que mi mujer no le enviaría ningún chaleco bordado. Luego tomó la correspondencia de los bolsillos de mi gabán y se puso a leer las cartas de mis amigos haciendo comentarios irónicos y despectivos. En realidad, el esqueleto Tom Bobbins era muy tolerable; pero, bondad divina, Bobbins en carne y hueso era totalmente aterrador.

Cuando terminó su lectura, le hice notar con delicadeza que eran las cuatro de la mañana, y le pregunté si no temía llegar tarde. Me respondió de una forma absolutamente humana que si el portero del cementerio se atrevía a decirle lo más mínimo, «le daría una buena tunda». Luego miró mi reloj con lujuria, guiñó el ojo izquierdo, me lo pidió y lo puso con tranquilidad en su bolsillo. Un instante después dijo que debía atender un «asunto de ciudad» y se despidió. Antes de irse, se metió un par de candelabros en los bolsillos, desenroscó con

frialdad el pomo de mi bastón y me preguntó, sin ningún remordimiento, si no podría prestarle uno o dos luises. Le respondí que por desgracia ya no llevaba nada encima, pero que se los enviaría con gusto. Me dio su dirección, pero era tal mezcla de verjas, tumbas, cruces y panteones que la olvidé por completo. Hizo un último intento con el reloj de péndulo, pero era demasiado pesado para él. Cuando expresó su deseo de irse por la chimenea, estuve tan contento de verlo retomar los verdaderos modales de esqueleto que no hice gesto alguno para retenerlo. Lo escuché patalear y trepar por el tubo con una feliz tranquilidad; solo que luego cargaron a mi cuenta la cantidad de carbón que Tom Bobbins había consumido en su visita.

Estoy harto de la comunidad de los esqueletos. Tienen algo humano que me repugna con profundidad. La próxima vez que Tom Bobbins llegue, me habré bebido todo el grog; no tendré ni un centavo; apagaré la vela y la chimenea. Tal vez así retomará las costumbres auténticas de los fantasmas de sacudir sus cadenas y gritar imprecaciones satánicas. Entonces, ya veremos.



Marcel Schwob

Escritor francés (1867-1905). Nació el 23 de agosto del año 1867 en Chaville (Francia), en el departamento de Altos del Sena. Su bibliografía, con lugar para la crítica literaria, en especial del poeta François Villon, y la traducción al francés de autores como Daniel Defoe, William Shakespeare o Robert Louis Stevenson, destaca por sus relatos de fantasía con trazos macabros y oscuras atmósferas con asociaciones simbolistas encontradas en libros de culto como *Doble Corazón* (1891), *El rey de la máscara de oro* (1892), *Mimos* (1893) o *La cruzada de los niños* (1896).

En prosa poética publicó el citado *Mimos* (1893) y su erudición le llevó a recrear la historia a su manera con *Vidas imaginarias* (1896). Mención especial merece *El libro de Monelle* (1894), memoria de su enamoramiento de una joven obrera.

Su muerte, después de emular a su admirado Stevenson en su trayecto a Samoa junto a su criado Ting (viaje recogido en *Viaje a Samoa - Cartas a Margarita Moreno*) (1990), nos privó de nuevas obras tras fallecer prematuramente en París el 12 de febrero de 1905. Tenía 37 años de edad. Está enterrado en el cementerio de Montparnasse.

David Reyes

Profesional en Lenguajes y estudios culturales y Antropología. Cursa la maestría en Estudios del bilingüismo de la Universidad de Ottawa. Traductor diletante, explorador de los intersticios entre la lengua y el lenguaje, y lector entusiasta de literaturas francófonas de América y el Caribe.

Los crisantemos

John Steinbeck

Traducción del inglés de Martha Cecilia Mesa Villanueva



La alta niebla de franela gris del invierno aislaba el valle del Salinas del cielo y del resto del mundo. Se posaba por todos lados como una tapa sobre las montañas y hacía del gran valle una vasija cerrada. Sobre el suelo amplio y llano los arados mordían profundo y dejaban la tierra negra brillante como el metal donde las rejas habían cortado. En los ranchos del piedemonte al otro lado del río Salinas, los campos de rastrojo amarillo parecían bañados por una luz pálida y fría, aunque ya no había sol en el valle en diciembre. El tupido sauzal a la orilla del río flameaba con hojas puntiagudas de un amarillo intenso.

Era una época de calma y espera. El aire era frío y suave. Un viento ligero soplaba del suroeste de modo que los granjeros confiaban en que se avecinaba una buena lluvia; sin embargo, la niebla y la lluvia no eran compatibles.

Al otro lado del río, al pie de la montaña, en el rancho de Henry Allen, quedaba poco trabajo pendiente pues el heno se había cortado y almacenado y los huertos se habían arado para empaparse bien cuando llegara la lluvia. En las lomas más altas el ganado se iba poniendo peludo y desgredado.

Mientras trabajaba en su jardín de flores, Elisa Allen miró al otro lado del campo y vio a Henry, su esposo, hablando con dos hombres en vestido de paño. Los tres estaban parados

junto al cobertizo del tractor, cada uno con un pie apoyado en el estribo del pequeño Fordson. Fumaban cigarrillos y examinaban la máquina mientras conversaban.

Elisa los observó por un momento y regresó a su labor. Tenía treinta y cinco años. Su rostro era delgado y fuerte y sus ojos tan claros como el agua. Se veía cuadrada y maciza en sus ropas de jardinería: sombrero negro de hombre calado hasta los ojos, botas de carnaza, vestido estampado cubierto casi del todo por un gran delantal de pana con cuatro bolsillos grandes para cargar las tijeras, la palita y el rastrillo, las semillas y el cuchillo con los que trabajaba. Usaba pesados guantes de cuero para protegerse las manos.

Estaba cortando los tallos de los crisantemos del año anterior con un par de tijeras cortas y potentes. De vez en cuando miraba a los hombres junto al cobertizo del tractor. Su rostro era entusiasta, maduro y apuesto; incluso su trabajo con las tijeras era extradiligente, extrapoderoso. Los tallos de los crisantemos parecían demasiado pequeños y endebles para su energía.

Se apartó una nube de cabello de los ojos con el dorso del guante y al hacerlo le quedó una mancha de tierra en la mejilla. Detrás de ella se alzaba la casa de la granja inmaculadamente blanca con tupidos geranios rojos circundantes a la altura de las ventanas. Era una casita impecablemente blanca con ventanas relucientes y un tapete limpio para quitarse el barro en los escalones de la entrada.



Elisa lanzó otro vistazo hacia el cobertizo del tractor. Los extraños se estaban montando en su Ford cupé. Se quitó un guante y metió sus fuertes dedos en el bosque de nuevos brotes verdes de crisantemo que crecían alrededor de las viejas raíces. Separó las hojas y revisó los tallos que crecían apretados. Allí no había pulgones, ni marranitas, ni caracoles, ni orugas. Sus dedos de sabueso destruían esas plagas antes de que aparecieran.

Elisa se sobresaltó con el sonido de la voz de su esposo. Él se había acercado en silencio e inclinado sobre la alambrada que protegía el jardín de flores del ganado y los perros y las gallinas.

—Volviste a lo tuyo —dijo—. Tu nueva siembra promete ser fuerte.

Elisa se enderezó y se puso de nuevo el guante.

—Sí. Serán fuertes el próximo año.

En el tono de su voz y en su rostro había un toque de vanidad.

—Tienes buena mano —observó Henry—. Algunos de los crisantemos amarillos que recogiste este año medían diez pulgadas de ancho. Me gustaría que trabajaras en el huerto y cultivaras unas manzanas así de grandes.

Sus ojos brillaron.

—Puede que también lo haga. Es cierto, tengo buena mano. Mi madre la tenía. Cualquier cosa que enterrara crecía. Decía que el que tiene mano de jardinero sabe cómo hacerlo.

—La verdad, funciona con las flores —dijo él.

—Henry, ¿quiénes eran esos hombres con los que estabas hablando?



—Ah, sí, eso era lo que venía a contarte. Eran de la Western Meat Company. Vendí esos treinta novillos de tres años. Y, además, casi por lo que les pedí.

—Bien —dijo—. Me alegro por ti.

—Y pensé —continuó—, pensé que como es sábado en la tarde, podríamos ir a Salinas a cenar a un restaurante, y luego a cine... para celebrar, digo.

—Bien —repitió ella—. Claro que sí. Me encantaría.

Henry adoptó su tono gracioso.

—Esta noche hay peleas. ¿Te gustaría ir?

—Claro que no —dijo ella sin respirar—. No me gustan las peleas.

—Es broma, Elisa. Iremos a cine. Veamos. Ya son las dos. Me llevo a Scotty para bajar esos novillos de la colina. Puede que nos demoremos unas dos horas. Iremos al pueblo como a las cinco y cenaremos en el hotel Cominos. ¿Te gusta?

—Claro que sí. Qué bueno cenar fuera de casa.

—Muy bien, perfecto. Iré a ensillar un par de caballos.

Ella dijo:

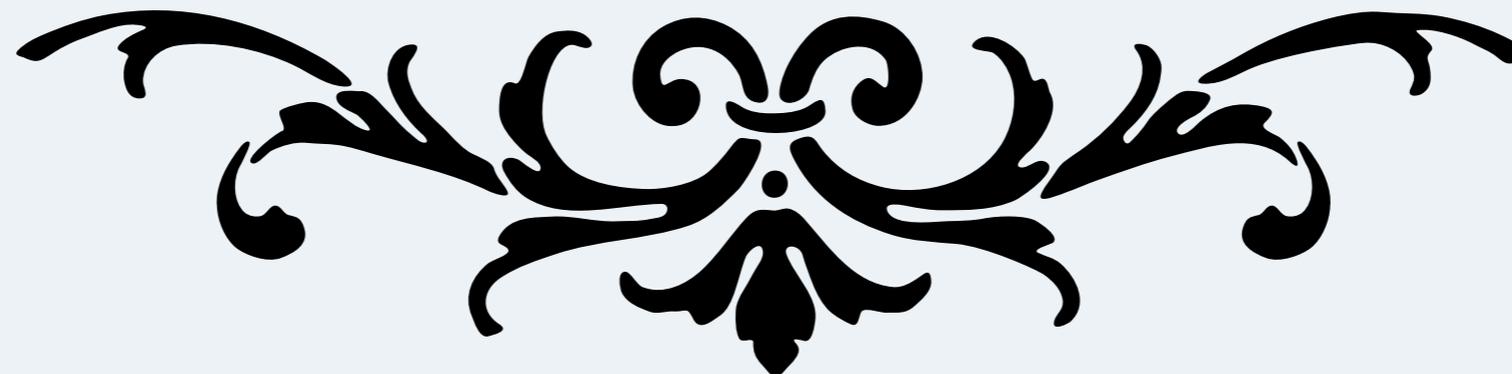
—Supongo que tendré tiempo suficiente para trasplantar algunas de estas planticas.

Escuchó a su esposo llamar a Scotty cerca al establo. Y un poco más tarde vio a los dos cabalgando por la ladera, donde el amarillo palidecía, en busca de los novillos.



Había una camita cuadrada de arena reservada para prender los crisantemos. Revolvió la tierra una y otra vez con la palita, y la alisó y apisonó con firmeza. Luego cavó diez surcos paralelos para trasplantar las planticas. Fue a la cama de los crisantemos y arrancó los brote-citos nuevos, podó las hojas con las tijeras y los dejó ordenados en un montoncito.

Un chirrido de ruedas y el sonido de unos cascos venían del camino. Elisa alzó la mirada. El camino rural corría a lo largo de una masa densa de sauces y álamos que bordeaba el río, y por ese camino venía un curioso vehículo, curiosamente tirado. Era una vieja carreta con una cubierta de lona parecida a la de los carromatos. Iba tirada por un viejo caballo zaino y un burrito gris con blanco. Un hombre grande, con barba de varios días, sentado entre los faldones del toldo conducía al vacilante grupo. Debajo de la carreta, entre las ruedas traseras, un gozque flaco y patilargo caminaba con tranquilidad. Había unas palabras pintadas en la lona en letras chambonas y torcidas. «Ollas, sartenes, cuchillos, tijeras, podadoras Se arreglan». Dos renglones de artículos y, debajo, el «Se arreglan» definitivo y triunfal. La pintura negra había chorreado debajo de cada letra.



En cuclillas sobre el suelo, Elisa miró para ver pasar la graciosa carreta desbarajustada. Pero esta no siguió de largo. Giró hacia el camino del rancho frente a su casa, con las viejas ruedas que crujían y chirriaban. El perro flacuchento salió como un rayo de entre las ruedas y corrió al frente. Al instante los dos pastores del rancho volaron hacia él. Luego los tres se detuvieron y con la cola erguida y temblorosa, las patas tensas y firmes y una dignidad de embajadores, dieron unas vueltas lentas y se olisquearon con delicia. La caravana frenó junto a la alambrada de Elisa y se detuvo. Al sentirse superado en número, el perro recién llegado bajó la cola y se escondió debajo de la carreta con los pelos del pescuezo parados y pelando los dientes.

El hombre en la silla de la carreta gritó:

—Es una fiera cuando empieza a pelear.

Elisa se rio.

—Se nota. ¿Cada cuánto empieza?

El hombre se contagió de su risa y respondió con una carcajada.

—A veces se demora semanas y semanas —dijo. Descendió torpemente sobre la rueda. El caballo y el burro se desgonzaron como flores sin agua.

Elisa vio que era un hombre grandote. Aunque su cabello y barba ya encanecían, no parecía viejo. El desgastado vestido negro estaba arrugado y manchado de grasa. La risa había desaparecido de su rostro y ojos cuando dejó de bromear. Tenía los ojos oscuros y llenos de la melancolía que aparece en la mirada de carreteros y marinos. Las manos callosas que apoyó sobre la cerca estaban cuarteadas y cada grieta era una línea negra. Se quitó el sombrero maltrecho.



—Me salí de mi ruta habitual, doña —dijo—. ¿Será que esta vía destapada cruza el río hasta la carretera de Los Ángeles?

Elisa se levantó y metió las tijeras gruesas en el bolsillo del delantal.

—Pues sí, pero serpentea y luego vadea el río. No creo que su yunta pueda pasar por la arena.

Él replicó con algo de rudeza:

—Se sorprendería con lo que esas bestias pueden hacer.

—¿Cuando empiezan? —preguntó ella.

Él sonrió por un segundo.

—Sí, una vez empiezan.

—Bien —dijo Elisa—, pienso que le rinde más si se devuelve al camino de Salinas y toma allí la carretera.

Él deslizó un dedote por el alambre haciéndolo cantar.

—No tengo ninguna prisa, doña. Viajo de Seattle a San Diego y de vuelta cada año. Me toma todo el tiempo. Por ahí seis meses en cada sentido. Voy detrás del buen clima.

Elisa se quitó los guantes y los metió en el bolsillo del delantal con las tijeras. Tocó el ala de su sombrero masculino, buscando cabellos sueltos.

—¡Qué bueno vivir así! —dijo.



Él se apoyó confiadamente en la cerca.

—Tal vez ya vio el letrero de mi carreta. Reparo ollas y afilo cuchillos y tijeras. ¿Necesita algo de eso?

—Ah, no —dijo ella con prontitud—. Nada.

Y lo miró con renuencia.

—Las tijeras son lo peor —explicó él—. La mayoría de las personas dañan las tijeras tratando de afilarlas, pero yo sé cómo hacerlo. Tengo una herramienta especial. Es como un carrito y está patentado. La verdad que funciona bien.

—No. Mis tijeras están bien afiladas.

—De acuerdo, entonces que sea una olla —continuó él con seriedad—, una olla abollada o con un agujero. Puedo dejarla como nueva para que no tenga que comprar ninguna. Eso es un ahorro para usted.

—No —dijo ella, cortante—. Ya Le dije que no tengo nada.

Su rostro fingió una tristeza exagerada. La voz adquirió un tono bajo y quejumbroso.

—No me ha caído nada hoy. Tal vez me quede sin comer esta noche. Ya ve, me salí de mi ruta habitual. Conozco gente por la carretera de Seattle a San Diego. Me guardan sus cosas para que se las afile porque saben que lo hago muy bien y les ahorro plata.

—Lo siento —dijo Elisa molesta—. No tengo nada.

Sus ojos dejaron de mirarla y buscaron por el suelo. Vagaron por allí hasta dar con la cama de los crisantemos en la que trabajaba.



—¿Qué plantas son esas, doña?

La molestia y la renuencia desaparecieron del rostro de Elisa.

—Ah, son crisantemos gigantes, blancos y amarillos. Los cultivo todos los años, son los más grandes que se dan por aquí.

—¿Es una flor de tallo largo? ¿Que parece una bocanada de humo de colores? —preguntó.

—Exacto. Qué bella forma de describirlas.

—Huelen como mal hasta que uno se acostumbra —dijo él.

—Es un olor amargo bueno —replicó ella—, pero no malo.

Cambió el tono con rapidez:

—A mí me gusta el olor.

—Tuve botones de diez pulgadas este año —dijo ella.

El hombre se inclinó un poco más sobre la cerca.

—Mire, conozco una señora por este mismo camino, con el jardín más bonito que se pueda imaginar. Tiene casi todo tipo de flores menos crisantemos. La última vez que le estuve arreglando una tina con fondo de cobre (trabajo duro, pero que hago bien) me dijo: «Si por casualidad encuentra crisantemos bonitos me gustaría que me consiguiera algunas semillas». Eso me dijo.

Elisa miró con viveza y entusiasmo.



—No debe saber mucho de crisantemos. Las semillas se pueden sembrar, pero es mucho más fácil prender las planticas que ve allá.

—Ah —dijo él—. Entonces supongo que no puedo llevarle.

—Claro que sí —exclamó Elisa—. Puedo poner algunas en arena húmeda para que se las lleve. Prenderán en la matera si les echa agua. Y así, ella podrá trasplantarlas.

—Seguro que le encantarán, doña. ¿Usted dice que están lindas?

—Hermosas —dijo ella—. Sí, hermosas.

Sus ojos brillaron. Se quitó de golpe el sombrero desgastado y sacudió su hermoso cabello oscuro.

—Las pondré en una matera para que se las pueda llevar. Siga al jardín.

Mientras el hombre cruzaba la cerca de madera, Elisa corrió emocionada por el camino bordeado de geranios hasta la parte trasera de la casa. Regresó con una matera grande y roja. Ya no le importaban los guantes. Se arrodilló junto a la cama de planticas, escarbó la tierra arenosa con los dedos y la pasó con la pala a la matera nueva. Luego tomó el montoncito de brotes que había preparado. Los enterró con sus dedos fuertes en la arena, que apisonó a su alrededor con los nudillos. El hombre estaba de pie junto a ella.

—Le diré qué hacer —dijo ella—. Tome nota para que pueda explicarle a la señora.

—Sí, lo recordaré.

—Bien, mire. Estos echarán raíces más o menos en un mes. Para entonces ella debe trasplantarlos a un pie de distancia en tierra buena como esta. ¿Ve?



Levantó un puñado de tierra negra para mostrarle.

—Crecerán rápido y alto. Ahora, póngame cuidado. Dígale que en julio tiene que podarlos, a unas ocho pulgadas del suelo.

—¿Antes de que florezcan? —preguntó él.

—Si, antes de que florezcan —su rostro estaba lleno de entusiasmo—. Volverán a crecer. Los botones saldrán hacia finales de septiembre.

Se detuvo y parecía preocupada.

—Lo que más hay que cuidar son los botones —dijo vacilante—. No sé cómo decírselo.

Lo miró a los ojos, seria e inquisitiva. Abrió la boca un poco como si escuchara.

—Trataré de explicarle —dijo—. ¿Sabe que es tener buena mano?

—No sé qué es eso, doña.

—Pues solo puedo decirle cómo se siente. Es como cuando uno arranca los botones que no necesita. Todo baja hasta la punta de los dedos. Se les ve trabajar. Lo hacen por sí mismos. Tan solo lo hacen. Uno puedo sentirlo. Sacan y sacan los botones. Nunca se equivocan. Están con la planta. ¿Me entiende? Los dedos y la planta. Se puede sentir por todo el brazo. Lo saben. Nunca se equivocan. Se puede sentir. Cuando uno está así no puede equivocarse. ¿Ve usted? ¿Me entiende?

Arrodillada, lo miraba desde el suelo. Su pecho se agitaba con pasión.

El hombre entrecerró los ojos. A propósito, esquivó la mirada.



—Tal vez sí —dijo—. A veces en la noche, allí en la carreta.

Elisa alzó la voz. Lo interrumpió:

—Nunca he vivido como usted, pero sé a qué se refiere. Cuando la noche está oscura... Sí, y las estrellas se ven puntiagudas y reina el silencio. ¡Sí, y uno se eleva y se eleva! Y, cada estrella puntiaguda se incrusta en el cuerpo. Es algo así. Cálido y agudo y... hermoso.

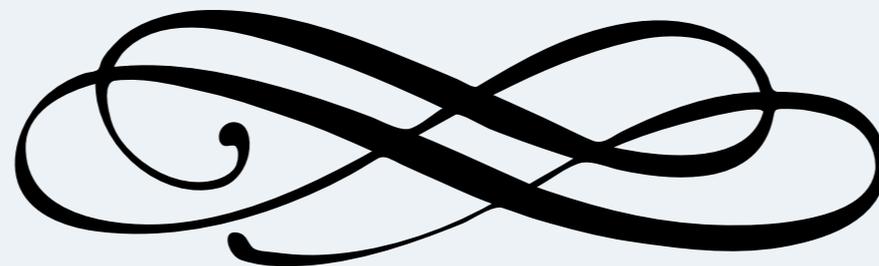
Allí arrodillada, su mano se extendió hacia los negros pantalones grasos. Sus dedos vacilantes casi tocaron la tela. Luego, la mano cayó hasta el suelo. Se agachó como un perrito consentido.

—Es lindo, tal como usted dice —dijo él—. Pero no cuando uno no tiene nada qué comer.

Entonces ella se levantó, muy erguida y con el rostro avergonzado. Extendió la matera y con suavidad se la puso en los brazos.

—Tenga. Póngala en su carreta, sobre la silla, donde pueda verla. Voy a ver si encuentro algo que pueda arreglar.

Al fondo de la casa escarbó en un arrume de tiestos y encontró dos viejas ollas de aluminio abolladas. Las trajo y se las entregó.



—Mire, tal vez pueda arreglar estas.

Su actitud cambió. Se convirtió en un experto.

—Las puedo dejar como nuevas.

Puso un yunquecito en la parte trasera de la carreta, y de una grasienta caja de herramientas sacó una pequeña martilladora. Elisa atravesó la verja para observarlo mientras golpeaba las abolladuras de los calderos. Él estiró la boca en un gesto seguro y conocedor. En una parte difícil del trabajo, se chupó el labio inferior.

—¿Usted duerme ahí en la carreta? —preguntó Elisa.

—Ahí en la carreta, doña. Allí adentro, con lluvia o sol, me mantengo seco como una vaca.

—¡Debe ser rico! —dijo ella—. ¡Muy rico! Ojalá las mujeres pudiéramos hacer esas cosas.

—Esa no es vida para una mujer.

Al levantar un poco el labio superior dejó ver los dientes.

—¿Cómo lo sabe? ¿Cómo puede decir eso? —dijo ella.

—No sé, doña —dijo molesto—. Claro que no lo sé. Aquí están listos sus calderos. No tiene que comprar nuevos.

—¿Cuánto le debo?

—Ah, cincuenta centavos en total. Cobro poco y mi trabajo es bueno. Por eso todos mis clientes a lo largo de la carretera están satisfechos.



Elisa le puso en la mano una moneda de cincuenta centavos que trajo de la casa.

—Se sorprendería si le saliera competencia en algún momento. Yo también afilo tijeras. Y puedo sacar las abolladuras de las ollitas. Podría mostrarle lo que una mujer es capaz de hacer.

Devolvió el martillo a la caja grasienta y con un empujón desapareció el yunquecito.

—Para una mujer sería una vida solitaria, doña; y también aterradora, por los animales que se arrastran debajo de la carreta toda la noche.

Se encaramó sobre el balancín y recuperó el equilibrio poniendo una mano sobre la grupa blanca del burro. Se sentó y levantó las cuerdas.

—Gracias, doña, muy amable —dijo—. Haré lo que me dijo; me devolveré para tomar la carretera de Salinas.

—No lo olvide —exclamó ella—; si se demora en llegar allá, mantenga la arena húmeda.

—Arena, ¿doña?... ¿Arena? ¡Ah, claro! Alrededor de los crisantemos, quiere decir. Por supuesto que lo haré.

Chasqueó la lengua. Las bestias se reacomodaron con sensualidad en sus collares. El gozque tomó su lugar entre las ruedas traseras. La carreta giró, cruzó a rastras por la entrada y retomó el camino por donde había llegado, a lo largo del río.

Elisa se paró frente a la alambrada y observó el lento avance de la caravana. Tenía los hombros rectos, la cabeza echada hacia atrás, los ojos entrecerrados, de modo que apenas vislumbraba la escena. Movié los labios en silencio para gesticular. «Adiós, adiós». Luego susurró:



—Ese es un rumbo promisorio. Allá hay una luz.

Su suspiro la sobresaltó. Se sacudió para despabilarse y miró alrededor para ver si alguien la había escuchado. Solo los perros habían oído. Levantaron la cabeza hacia ella desde el polvo donde dormían, estiraron las mandíbulas y se volvieron a dormir. Elisa se dio la vuelta y entró corriendo a la casa. En la cocina palpó el tanque del agua, detrás de la estufa. Estaba lleno de agua caliente desde el trajín del mediodía. En el baño se quitó la ropa sucia y la tiró al rincón. Luego se restregó con un pedacito de piedra pómez las piernas y muslos, las ingles y el pecho y los brazos hasta que la piel le quedó raspada y enrojecida. Después de secarse se paró frente al espejo del dormitorio y se miró el cuerpo. Hundió la barriga y sacó pecho. Giró y se miró la espalda por encima del hombro.

Después de un rato empezó a vestirse con lentitud. Se puso la lencería más nueva y las medias más bonitas y el vestido que refrendaba su belleza. Se arregló con primor el cabello, se cepilló las cejas y se pintó los labios.

Antes de terminar, escuchó el suave estruendo de los cascos y los gritos de Henry y su ayudante que arriaban los novillos rojos dentro del corral. Escuchó el golpe de la verja al cerrarse y quedó a la expectativa de la llegada de Henry.

Sus pasos resonaron en el porche. Entró a la casa llamándola.

—Elisa, ¿dónde estás?

—En el cuarto, vistiéndome. No estoy lista. Hay agua caliente para que te bañes. Apúrate. Se hace tarde.



Cuando lo oyó chapotear en la tina, Elisa extendió su traje oscuro sobre la cama y, al lado, la camisa, las medias y la corbata. Puso los zapatos lustrados en el piso al pie de la cama. Luego salió al porche y se sentó con delicadeza y formalidad. Miró hacia la carretera del río donde el sauzal todavía amarillo con las hojas escarchadas parecía una delgada banda de luz bajo la alta niebla gris.

Era el único color en el gris atardecer. Permaneció sentada e inmóvil por un largo rato. Sus ojos casi no parpadeaban.

Henry dio un portazo y salió mientras se metía la corbata entre el chaleco. Elisa se puso rígida y su rostro se tensó. Henry se detuvo un momento y la miró.

—¡Vaya, vaya, Elisa! ¡Te ves muy bien!

—¿Bien? ¿Te parece que me veo bien? ¿Qué quieres decir con bien?

Henry dijo una bobada:

—No sé. Quiero decir diferente, fuerte y feliz.

—¿Fuerte? Sí. ¿Qué quiere decir fuerte?

Él parecía confundido.

—¿Qué te traes entre manos? —dijo con impotencia—. ¿Es un juego? Pareces tener la fuerza suficiente para desnucar un ternero y las ganas de devorarlo como si fuera una sandía.

Por un instante, ella perdió su rigidez.

—Henry, no me hables así. No sabes lo que dices.



Se estiró de nuevo por completo.

—Soy fuerte —presumió—. Nunca antes supe cuánto.

Henry miró hacia el cobertizo del tractor y cuando la volvió a mirar, ya había recobrado su aplomo.

—Voy a sacar el carro. Puedes ponerte el abrigo mientras lo prendo.

Elisa entró a la casa. Escuchó cuando manejó hasta la verja y dejó el motor en neutro y luego se demoró un rato poniéndose el sombrero. Jaló allí y ajustó allá. Cuando Henry apagó el motor, se puso el abrigo y salió.

El pequeño convertible rebotó a lo largo de la carretera embarrada junto al río, hizo volar los pájaros y espantó los conejos hacia el matorral. Dos grullas batieron las alas con esfuerzo sobre el sauzal y se posaron en el lecho del río.

A lo lejos, sobre la carretera, Elisa vio una manchita oscura. Y lo supo.

Trató de no mirar cuando pasaron al lado, pero los ojos no le obedecieron. Se dijo a sí misma con tristeza:

—Podía haberlos arrojado fuera de la carretera. Habría podido tomarse la molestia, de verdad. Pero se quedó con la matera —razonó—. Tenía que quedarse con la matera. Por eso no alcanzó a arrojarlas fuera.

El convertible tomó una curva y ella vio la caravana más adelante. Se dio vuelta rápidamente y del todo hacia su esposo para no ver la carretica cubierta ni la disparatada yunta cuando el carro los pasara.



Todo acabó en un instante. Asunto concluido. No miró hacia atrás. Dijo en voz alta, para que la escuchara por encima del motor:

—¡Qué delicia una buena comida esta noche!

—Acabas de cambiar de nuevo —criticó Henry. Retiró una mano del volante y le palmeó la rodilla—. Tengo que sacarte a cenar más a menudo. Nos sentaría bien a ambos. Nos ponemos muy serios allá en el rancho.

—Henry —preguntó—, ¿podemos tomar vino esta noche?

—¡Por supuesto! ¡No se diga más! ¡Bien!

Se calló un rato; y luego dijo:

—Henry, en esas peleas, ¿los hombres se lastiman mucho?

—A veces un poco; no es común. ¿Por qué?

—Pues, he leído que se rompen la nariz y que la sangre les rueda hasta el pecho. Y que los guantes de pelear se les ponen pesados y se empapan de sangre.

Él se volteó a mirarla.

—¿Qué te pasa, Elisa? No sabía que leías cosas de esas.

Detuvo el carro, luego giró a la derecha sobre el puente del río Salinas.

—¿Van mujeres a las peleas? —preguntó.

—Ah sí, algunas. ¿Qué te pasa Elisa? ¿Quieres ir? Creo que no te gustaría, pero si de verdad quieres, te llevo.



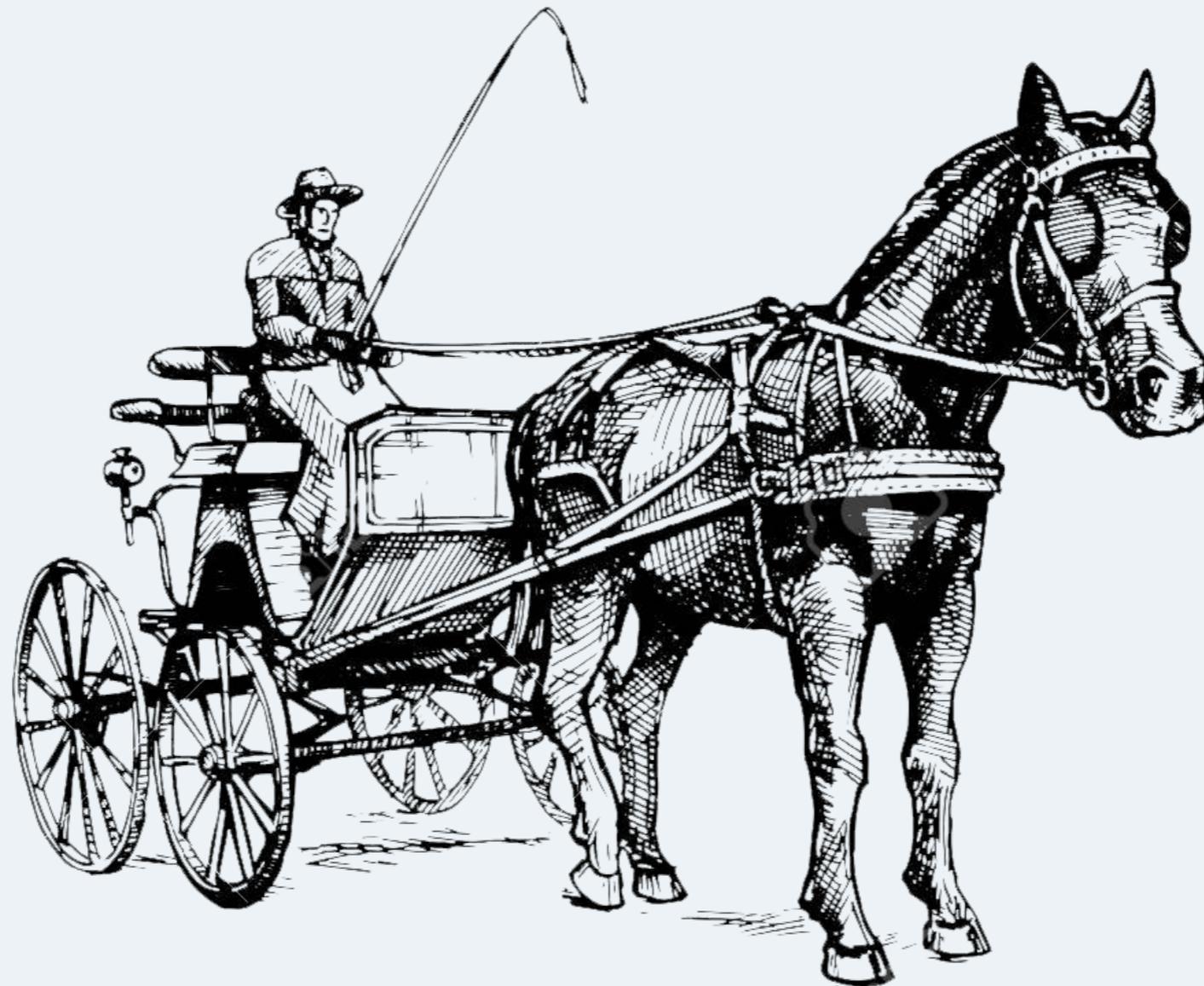
Se recostó en la silla sin ganas.

—Ah, no. No quiero ir. Seguro que no.

Le escondió la cara.

—Suficiente con el vino. Más que suficiente.

Se subió el cuello del abrigo para que él no pudiera ver que lloraba pasito, como una anciana.





John Ernst Steinbeck Jr.

Escritor estadounidense (1902-1968), ganador de los premios Pulitzer (1940) y Nobel de Literatura (1962). Su obra refleja sus vivencias y reflexiones en distintos escenarios de la vida: el trabajo de los campesinos e inmigrantes en California, el aprendizaje al lado del biólogo Ed Ricketts, la Gran Depresión, la segunda guerra mundial, y sus viajes por Estados Unidos y Rusia. Algunas de sus obras son *Tortilla Flat*, *Of Mice and Men*, *The Grapes of Wrath* y *East of Eden*. *The Chrysanthemums* es uno de los 12 cuentos reunidos en *The Long Valley*, relatos cortos ambientados en el Valle de Salinas, California, donde Steinbeck nació y pasó su infancia y juventud.

Martha Cecilia Mesa Villanueva

Nació en Ibagué, Tolima. Profesional de las ciencias biomédicas, donde como docente e investigadora tradujo literatura científica durante más de 20 años. Realizó los cursos de traducción de la Universidad Nacional de Colombia y sigue siendo estudiante de Mateo Cardona en los talleres de traducción literaria de la ACTTI. Ha traducido artículos científicos, algunos publicados en revistas indexadas; cotradujo la biografía novelada *Bolívar, libertador de América* (Debate, 2019), de la historiadora y escritora estadounidense Marie Arana.

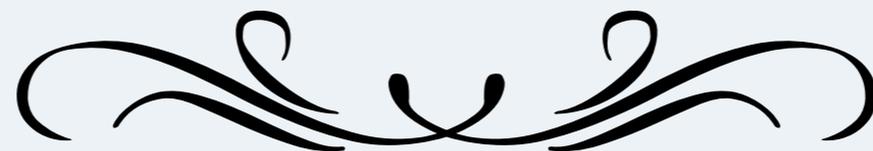
El Ratón

Anais Nin

Traducción del inglés de Constanza Malavert

El Ratón y yo vivíamos en una casa flotante anclada cerca de Notre Dame, en donde el Sena serpentea interminablemente como venas alrededor de la isla corazón de París.

El Ratón era una mujer menuda de piernas delgadas, grandes pechos y ojos asustadizos. Se movía furtivamente mientras se ocupaba de la casa flotante, a veces en silencio, a veces cantando un pequeño fragmento de una canción. Siete breves notas de alguna canción folclórica de Bretaña, seguidas invariablemente por el entrechocar metálico de ollas y sartenes. Siempre empezaba la canción y nunca la terminaba, como si la hubiera robado a la severidad del mundo y algo la asustara, cierto temor al castigo o al peligro. Su habitación era la cabina más pequeña de la casa flotante. La cama la ocupaba completamente, dejando solo un rincón para una mesita de noche y un gancho para su ropa de diario, sus babuchas color ratón, su suéter y falda color ratón. La ropa de domingo la guardaba debajo de la cama en una caja, envuelta en papel de seda. Su único sombrero nuevo y una pequeña estola de piel de ratón también permanecían envueltas en papel de seda. En la mesita de noche reposaba una fotografía de su futuro marido, en uniforme de soldado.





Su mayor temor era ir a la fuente después del anochecer. La casa flotante permanecía amarrada cerca del puente, y la fuente estaba ubicada debajo de este. Allí los vagabundos se lavaban y dormían por la noche, o se sentaban en círculos para hablar y fumar. Durante el día, el Ratón traía agua en un balde y los vagabundos le ayudaban a cargarla a cambio de un pedazo de queso, un poco de vino o un trozo de jabón. Ella se reía y hablaba con ellos. Pero al llegar la noche la asaltaba el miedo.

El Ratón salía de su pequeña cabina vestida por completo con su atuendo ratón, un suéter, falda y delantal color ratón. Usaba unas babuchas color gris claro. Siempre se escabullía como si se sintiera amenazada. Si la sorprendían comiendo, bajaba los ojos y trataba de esconder el plato. Si la veían salir de su cabina, ocultaba de inmediato lo que llevaba, como si lo hubiera robado. Ningún gesto amable lograba traspasar la frontera del miedo que sentía el Ratón, adherido a la propia piel de sus delgadas piernas. Sus hombros encorvados como si llevaran una carga demasiado pesada. Cada sonido era una alarma para su oído.

Yo quería disipar su miedo. Le hablaba de su casa, de su familia, de los lugares en los que había trabajado antes. El Ratón me respondía con evasivas, como si la interrogara un detective. Ante cada acto de amabilidad, ella sospechaba, inquieta. Cuando rompía un plato, se lamentaba:

—La Señora lo descontará de mi salario.

Cuando le aseguraba que no lo haría porque había sido un accidente y que a mí también podría haberme ocurrido, permanecía en silencio.

Entonces el Ratón recibió una carta que la hizo llorar. La interrogué. Me dijo:

—Mi madre quiere que le preste de mis ahorros. Como estoy ahorrando para casarme. Perderé los intereses del dinero.

Me ofrecí a prestarle esa suma. El Ratón aceptó, pero me miró perpleja.

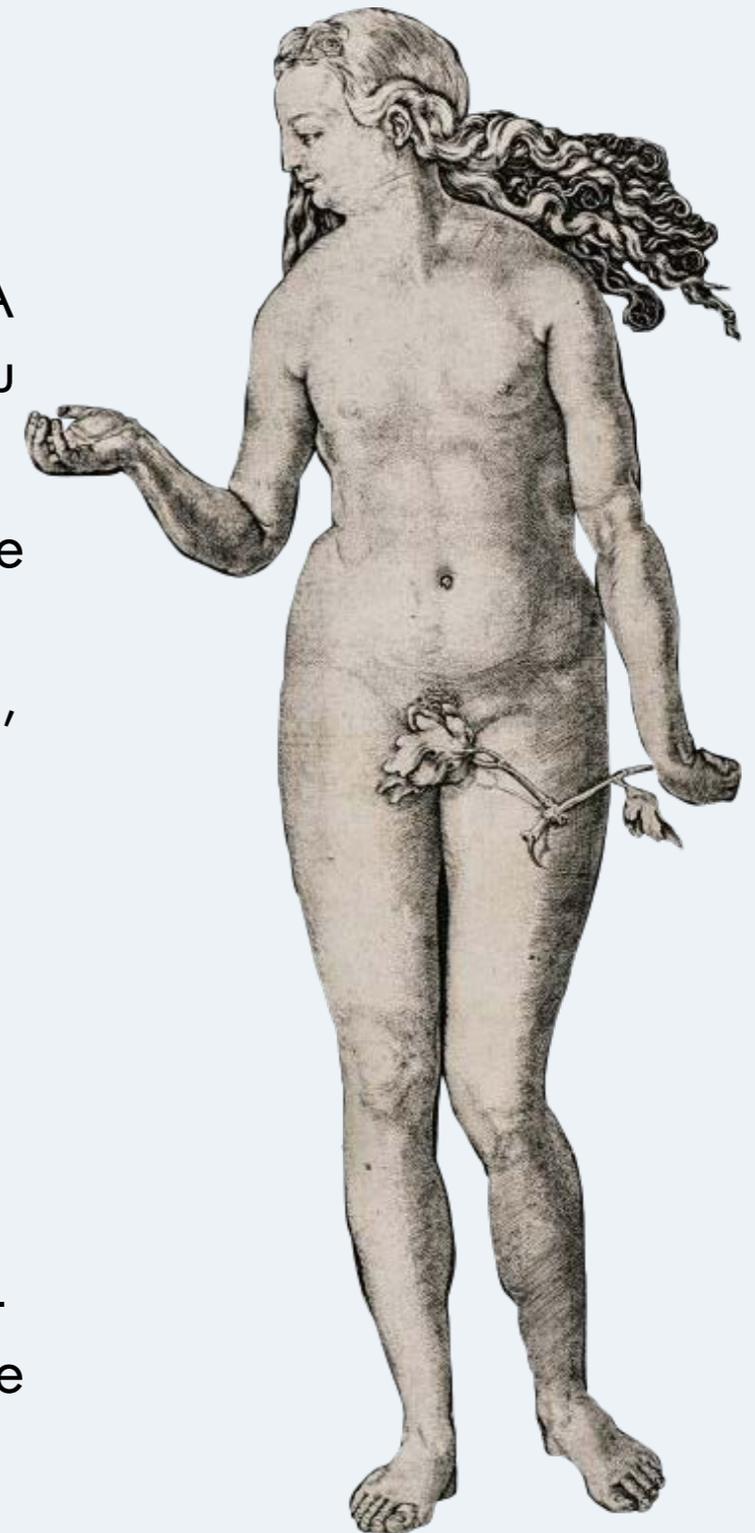
Cuando se sabía sola en la casa flotante, el Ratón era feliz. Cantaba el corto estribillo de una canción que nunca terminaba. A veces, en lugar de remendar sus calcetines, tejía para ella, para su matrimonio.

La primera tormenta fue a causa de los huevos. El Ratón siempre comía lo mismo que yo, no recibía el trato usual de una sirvienta francesa. Era feliz por tener de todo para comer, hasta que un día, en que estaba corta de dinero, le dije:

—Hoy solo consigue unos huevos y haremos una tortilla.

El Ratón se quedó inmóvil, con ojos aterrorizados. No dijo nada, pero no se movió. Se puso muy pálida y luego comenzó a llorar. Puse mi mano en su hombro y le pregunté qué le sucedía.

—Ay, Señora —dijo el Ratón—, sabía que esto no podía durar. Hemos comido carne todos los días, y yo estaba tan feliz que pensé que por fin había encontrado un buen lugar. Y ahora usted hace lo mismo que los demás. Huevos. No quiero comer huevos.



—Pero si no te gustan los huevos puedes conseguir otra cosa. No hay problema. Solo mencioné los huevos porque hoy estoy corta de dinero.

—No es que no me gusten. Siempre me han gustado, en casa, en la granja. Comíamos muchos huevos. Pero cuando llegué a París, la señora para la que trabajaba era muy tacaña, no se puede imaginar cómo era. Cerraba todos los armarios bajo llave, pesaba las provisiones, contaba los trozos de azúcar que comía. Siempre me regañaba por comer demasiado. Me hacía comprarle carne todos los días, pero para mí siempre eran huevos, huevos para el almuerzo, la cena, todos los días, hasta que me enfermé y casi me muero. Y hoy cuando dijo... pensé que todo empezaba de nuevo.

—Ya deberías saber que no quiero que la pases mal aquí.

—No la paso mal, Señora. Soy muy feliz aquí, solo que no me lo creía. Todo el tiempo pensaba que debía haber un engaño, o que solo me contrataba por un mes, porque su intención era echarme justo antes de las vacaciones de verano para no tener que pagarme las vacaciones, y que vagaría por París en verano cuando no hay trabajo, o pensaba que me despediría antes de Navidad para no tener que darme el regalo de año nuevo, porque todo esto ya me había ocurrido antes. Una vez estuve en una casa de la que nunca podía salir; por las tardes tenía que cuidar al niño, y los domingos, cuando todos salían, tenía que vigilar la casa.

No dijo nada más. Eso fue todo lo que habló durante muchas semanas. No volvió a referirse a los huevos. Parecía un poco menos asustada, pero se escabullía y se apresuraba igual, y comía como si sintiera vergüenza de que la sorprendieran haciéndolo. Y de nuevo no pude traspasar la frontera del miedo del Ratón. Ni siquiera cuando le di la mitad de mi billete de



lotería, ni cuando le regalé un marco para la fotografía de su futuro marido, ni cuando le di papel de escribir el mismo día que la sorprendí robando el mío.

Un día salí de la barcaza durante una semana, y el Ratón se quedó sola para cuidarla. Al regresar, me resultó más difícil atraer su mirada, o hacerla reír. Una mujer que había estado paseando por el muelle con su amante perdió su sombrero. Se le cayó al río. Llamó a nuestra puerta y le preguntó al Ratón si podía subir a la barcaza e intentar cogerlo con una pértiga. Estaba flotando por la otra orilla. Todo el mundo trató de alcanzarlo a través de las ventanas. El Ratón casi se cae, arrastrada por el peso de la escoba y la fuerza de la corriente. Todos se rieron, y el Ratón también. Luego se asustó al oírse reír y volvió a toda prisa a su trabajo.

Transcurrió un mes. Un día, el Ratón molía café en la cocina cuando la oí gemir. La encontré lívida, doblada por dolores en el vientre. La ayudé a ir a su camarote. Me dijo que era indigestión, pero los dolores empeoraban. Estuvo gimiendo durante una hora y, finalmente, me pidió que llamara a un médico que conocía y que vivía muy cerca. Fue la esposa del médico quien me recibió. El médico había atendido al Ratón antes, pero no desde que vivía en una casa flotante. Esto hacía imposible que el médico la visitara porque era un «gran inválido de guerra» y debido a su pierna de palo no se podía esperar que caminara por una pasarela inestable hacia una casa flotante en movimiento. Eso era imposible, repitió la esposa. Pero yo le supliqué. Le expliqué que la pasarela era estable, que tenía una barandilla a un lado, y que la casa flotante nunca se movía a menos que pasara otra barcaza, que estaba anclada cerca de la escalera y que era fácil entrar en ella. El río estaba muy tranquilo aquel día, y no



había que temer ningún accidente. La esposa del doctor estaba medio convencida y me prometió que el doctor iría en una hora.

Lo observamos por la ventana, le vimos llegar cojeando a la pasarela y vacilar frente a ella. Caminé sobre ella para mostrarle lo firme que era, y él la cruzó cojeando mientras repetía pausadamente:

—Soy un gran inválido de guerra. No puedo ocuparme de personas que vivan en casas flotantes.

Pero no se cayó al río. Entró en la pequeña cabina.

El Ratón se vio obligada a dar algunas explicaciones. Tenía miedo de estar embarazada. Había intentado usar algo que le había dicho su hermana, amoníaco puro, y ahora los dolores eran terribles.

El médico negó con la cabeza. El Ratón tuvo que descubrirse. Era extraño ver al pequeño Ratón con sus delgadas piernas levantadas.

Le pregunté por qué no me lo había dicho.

—Tenía miedo de que la Señora me despidiera.

—Al contrario, te habría ayudado.

El Ratón se quejó. El médico dijo:

—Te arriesgas a una terrible infección. Si no sanas ahora tendrás que ir al hospital.

—No, no, no puedo hacer eso, mi hermana se enterará, se pondrá furiosa conmigo y se lo dirá a mi madre.



—Tal vez sane por sí sola, pero es lo único que puedo hacer: no puedo intervenir en asuntos como estos. En mi profesión debo tener cuidado, por mi propio bien. Tráigame agua y una toalla.

Se lavó las manos con cuidado, hablando todo el tiempo acerca de que no podría regresar, y que lo único que esperaba era que ella no tuviera una infección. El Ratón estaba encorvada en un rincón de la cama mirando ansiosamente al médico que se lavaba las manos de toda responsabilidad. El gran inválido de guerra no miraba al Ratón como si fuera un ser humano. Todo en él decía claramente: no eres más que una criada, apenas una insignificante sirvienta, y como todas ellas, te metes en problemas, y es por tu propia culpa. Entonces dijo en voz alta:

—Ustedes los criados siempre nos causan problemas a los médicos.

Después de lavarse las manos bajó cojeando por la pasarela con un adiós definitivo, y yo regresé a la cabina y me senté en la cama del Ratón.

—Deberías haber confiado en mí, te habría ayudado. Ahora descansa tranquila, yo te cuidaré.

—No me lleve al hospital, mi madre se enterará. Esto me pasó solo porque usted se había ido, y durante esas noches sola tuve un miedo terrible. Tenía tanto miedo de los hombres que permanecen bajo el puente, que le pedí a mi novio que se quedara aquí, y así sucedió, porque tenía miedo.

Esto fue lo que le ocurrió al Ratón, justo en el momento de pánico, se escabulló hacia la trampa, y quedó atrapada. Ese era el amor que conocía el Ratón, este momento de miedo, en la oscuridad.



—A decir verdad, Señora, no vale la pena. Creo que nada en absoluto. Meterme en este problema después, ser atrapada así, ¿y para qué? No es nada del otro mundo.

—Quédate tranquila, volveré después para ver si tienes fiebre.

Algunas horas más tarde el Ratón me llamó:

—¡Sucedió, Señora, sucedió!

Pero el Ratón tenía fiebre y esta iba en aumento. Tenía una infección y ningún médico vendría a la casa flotante. En cuanto se enteraban de qué se trataba, se negaban a venir. Especialmente por un sirviente. Esto ocurría con demasiada frecuencia. Debían aprender, decían, a no meterse en líos.

—Dime dónde está tu ropa. Necesitarás jabón, un cepillo de dientes, una toalla...

—Señora...

El Ratón dudó. Abrió la pequeña mesita de noche que tenía a su lado. Me entregó todos los objetos que había creído perdidos durante el último mes, mi propio jabón, el cepillo de dientes, la toalla, uno de mis pañuelos, una de mis polveras. Tantas cosas, que sonreí. Del estante salió uno de mis camisones. Fingí no darme cuenta. Las mejillas del Ratón estaban rojas por la fiebre. Empaquetó su pequeña maleta con cuidado. Metió en ella papel para escribirle a su novio, y su tejido de punto. Me pidió que buscara un libro que quería llevar. Era un libro de lectura para niños. El Ratón había desgastado las diez primeras páginas, las historias del cordero, la vaca y el caballo. Debía de llevar muchos años leyendo las mismas páginas, estaban tan desgastadas y grises como las babuchas de su habitación. Le dije al Ratón que le compraría un par de babuchas nuevas. El Ratón buscó su cartera, que estaba escondida bajo el colchón.



—Por Dios, ¿nunca te han regalado nada?

—No, Señora.

—Si yo fuera pobre y estuviera enferma en la cama, ¿verdad que me darías un par de babuchas si las necesitara?

Esta idea asustó al Ratón más que ninguna otra. Le resultaba imposible imaginar este cambio de papeles.

—No es lo mismo —dijo el Ratón.

La sacaron de la casa flotante. Parecía muy pequeña. Insistió en usar sombrero, su sombrero de domingo extraído de su tumba de papel de seda, y la estola de piel pequeñísima, del color de sus ojos de ratón.

En el hospital se negaron a recibirla.

¿Qué médico la estaba atendiendo? Ninguno. ¿Era casada? No. ¿Quién realizó el aborto? Ella misma. Esto lo dudaron. Nos aconsejaron que probáramos en otro hospital. El Ratón se desangraba. La fiebre la consumía. La llevé a otro hospital donde la sentaron en un banco. El Ratón se aferraba a su pequeña valija. La acribillaron a preguntas. ¿De dónde venía? ¿Cuál fue el primer lugar en el que trabajó? El Ratón respondía sumisa. ¿Y después? No recordaba la dirección. Esto retrasó el cuestionario durante diez minutos. ¿Y antes de eso? El Ratón respondió de nuevo. Mantenía una mano sobre su vientre.

—Esta mujer se está desangrando —protesté—, ¿son necesarias todas estas preguntas?

Bueno, si no recordaba la tercera dirección, ¿recordaba dónde había trabajado después?



¿Por cuánto tiempo? El tiempo era siempre de dos años. ¿Por qué? preguntó el hombre del mostrador. Como si el hecho de que no hubiera permanecido más tiempo en la casa fuera sorprendente, sospechoso. Como si ella fuera la culpable.

—¿Tal vez usted le practicó el aborto? —preguntó el hombre, volviéndose hacia mí.

La mujer que sangraba en el banco no significaba nada para ellos. Los ojos redondos y húmedos, el pequeño trozo de piel desgastado alrededor del cuello, el pánico que sentía. El flamante sombrero de los domingos y la valija desgarrada con una cuerda como manija. La cartera grasosa y las cartas del soldado prensadas entre las hojas de un libro de lectura para niños. Incluso este embarazo, consumado en la oscuridad, por miedo. Un gesto de pánico, el de un ratón que cae en la trampa.



Anais Nin

Nació en 1903 en la pequeña provincia de Neuilly, cerca de París, y murió en los Ángeles, en 1977. Comenzó a escribir sus famosos diarios (que suman más de 35.000 páginas) a la edad de once años. Ese mismo año dejó Francia para ir a vivir a Estados Unidos. En la década de 1920, ya casada, regresó a París y estudió psicoanálisis con Otto Rank. Entró en contacto con varios artistas famosos y empezó a escribir. En 1930 publica un ensayo sobre D. H. Lawrence y un año después conoce a Henry Miller, quedando ambos mutuamente admirados e iniciando una correspondencia apasionada. Se convierten en amantes y, aunque años después dejaron de serlo, su relación epistolar se prolongó por el resto de sus vidas. En 1936 publicó su primera novela, *La casa del incesto*, y tres años después escribió *Invierno artificial*. Su relación amorosa con Henry Miller ocupa buena parte de uno de sus siete *Diarios*, que abarcan el período comprendido entre 1931 y 1974. En los años sesenta su figura y su obra fueron reivindicadas por los movimientos feministas en auge. *Una espía en la casa del amor* (1954), *Collage* (1964) y *Delta de Venus* (1977) son otras tres de sus obras más conocidas.

Constanza Malavert

Profesional en Lenguas Modernas, traductora y terminóloga. Desde hace más de 25 años trabaja en diferentes campos de la traducción, y hace algunos años se desempeña como docente de traducción técnica. Es miembro de la ACTTI y del Comité 218 de Icontec "Lenguaje y Terminología".

Las flores

Alice Walker

Traducción del inglés de Violeta Villalba

Mientras brincaba ligera del gallinero a la porqueriza y al ahumadero, a Myop le parecía que los días nunca habían sido tan bellos. Fruncía la nariz por la intensidad del aire. La recolección de maíz, algodón, maní y calabaza hacían de cada día una dorada sorpresa que le provocaba cosquilleos de emoción en toda la boca.

Myop llevaba un palo corto, nudoso. Golpeaba al azar las gallinas que le gustaban y creaba el ritmo de una canción sobre la cerca de la porqueriza. Se sentía liviana y a gusto bajo la cálida luz del sol. Tenía diez años, y nada existía para ella salvo su canción, el palito que sujetaba con su mano de piel oscura y el ta, ta, ta, ta, ta de acompañamiento.

Dándole la espalda a las enmohecidas tablas de la cabaña donde vivía su familia en aparcería, Myop caminó junto a la cerca que daba al arroyo formado por el manantial. Alrededor del nacimiento, de donde la familia obtenía agua potable, crecían helechos plateados y flores silvestres. A lo largo de las orillas poco profundas hociaban los cerdos. Myop contempló las burbujitas blancas que atravesaban la fina capa de tierra negra y el agua que silenciosamente brotaba y se deslizaba corriente abajo.



En muchas ocasiones había explorado el bosque detrás de la casa. A finales de otoño, su madre solía llevarla a recolectar nueces entre la hojarasca. Hoy tomaba su propio camino, dando saltos de aquí para allá, preocupándose poco por las serpientes. Halló, además de una variedad de helechos y hojas comunes, pero hermosas, un montón de curiosas flores azules de borde aterciopelado y un arbusto de calicanto rebosante de esos brotes perfumados color marrón.

Hacia el mediodía, con los brazos cargados de todo lo que había reunido, se encontraba a una milla o más de casa. Ya antes había llegado así de lejos, pero lo extraño del terreno hacía que este no fuera tan agradable como los lugares que frecuentaba. El pequeño rincón donde estaba le parecía sombrío. El aire era húmedo, el silencio denso y profundo.

Myop emprendió el camino de vuelta a su hogar, de vuelta a la tranquilidad de la mañana. Fue entonces cuando pisó justo sobre sus ojos. El talón se insertó en la protuberancia rota entre el ceño y la nariz, y ella se agachó enseguida, sin ningún temor, para liberarse. Solo cuando notó el rictus descubierto dejó salir un leve grito de sorpresa.

Había sido un hombre alto. Abarcaba un gran espacio del cuello a los pies. La cabeza yacía junto a él. Al apartar las hojas y las capas de tierra y piedras, Myop vio que había tenido grandes dientes blancos —ahora todos desportillados o rotos— dedos largos y huesos enormes. La ropa se había descompuesto, excepto por algunas hebras de *jean* azul de su overol. Las hebillas habían adquirido un tono verdoso.



Myop escrutó el lugar con interés. Muy cerca de donde había pisado la cabeza, había una rosa silvestre de color rosado. Al tiempo que la tomaba para añadirla a su colección, notó un montículo, un aro que envolvía las raíces. Se trataba de los restos de un nudo corredizo, jirones de una cuerda de arado, que ahora se mezclaban benévolamente con la tierra. Alrededor de una rama que sobresalía de un inmenso roble se aferraba el otro extremo. Raído, podrido, descolorido y exhausto — apenas perceptible—, seguía girando incesante con la brisa. Myop puso las flores en el suelo.

Y el verano llegó a su fin.



Alice Walker

Nacida en Georgia, Estados Unidos, en 1944, es una escritora y defensora de los derechos civiles. Su padre se dedicaba a la agricultura; su madre trabajó como costurera y empleada doméstica para asegurar que Alice fuera a la universidad. Estudió en el Spelman College de Atlanta y en el Sarah Lawrence College de Nueva York. Sus poemas, relatos y novelas abordan temas como el sexismo, el racismo y la discriminación de género en el contexto de la vida de las mujeres negras desde mediados del siglo XIX. Recibió el Premio Pulitzer a la obra de ficción en 1983 por la novela *El color púrpura*, llevada al cine por Steven Spielberg.

Violeta Villalba

Nació en Bogotá, Colombia, en 1980. Estudió Filología e Idiomas en la Universidad Nacional. Es traductora, autora y editora de textos académicos y literarios. Ha recibido formación en escritura y traducción en espacios como el Taller de cuento de Bogotá RELATA en 2012, el Taller de poesía y narrativa de la localidad de Engativá en 2016 y el Taller de traducción literaria con el director de la ACTTI Literaria. Ha publicado dos poemarios: *Fragmentaria* (La Jaula Publicaciones, 2016) y *Prisión voluntaria* (Buenos Aires Poetry, 2018), así como poemas y traducciones en revistas digitales como *Raíz Invertida*, *Literariedad*, *Sombralarga*, *Hoja negra*, *Poesía*, *Oculto Lit* y *Buenos Aires Poetry*.



La mente atormentada

Nathaniel Hawthorne

Traducción del inglés de Alejandro Ramírez Pulido



• Cuán singular es ese primer momento cuando, a duras penas, has empezado a volver en ti después del letargo de media noche! Al descerrar tan repentinamente tus ojos pareces haber sorprendido a los personajes de tu sueño en plena asamblea alrededor de tu lecho y alcanzas a darles un buen vistazo antes de que se vayan aleteando en la oscuridad. O, cambiando la metáfora, te encuentras completamente despierto por un instante en aquel reino de ilusiones a donde el sueño te ha dado pasaporte y contemplas sus fantasmagóricos habitantes y asombrosos paisajes con una percepción de su extrañeza que jamás podrías alcanzar mientras el sueño está imperturbado. El viento lleva tenue el sonido distante del reloj de una iglesia. Te preguntas, mitad en serio, si ha entrado a hurtadillas en tu oído despierto desde alguna torre gris que se erigía entre las calles de tu sueño. Aún en suspenso, otro reloj lanza su pesado estruendo sobre el aletargado pueblo con un sonido tan claro y distinto, un murmullo tan largo en el aire circundante, que estás seguro debe proceder del campanario en la esquina más cercana. Cuentas los golpes: uno, dos; y entonces cesan con un sonido ominoso como si se alistara un tercer golpe dentro de la campana.

Si pudieses elegir una sola hora de vigilia entre toda la noche sería esta. Desde tu sobria hora de ir a dormir, a las once, has tenido descanso suficiente para deshacerte de la presión de la fatiga del ayer y, antes que el sol venga desde el lejano Catay para alumbrar tu venta-

na, hay ante ti casi el espacio de una noche de verano: una hora para pasarla en reflexión con el ojo de la mente entrecerrado, dos en plácidos sueños, y otras dos en el más extraño de los disfrutes; el olvido por igual de la dicha y la congoja. La hora de levantarse pertenece a otro tiempo, parece tan distante que el salto al gélido aire desde el tibio lecho aún no puede anticiparse con pesar. El ayer ya se ha desvanecido entre las sombras del pasado, el mañana aún no ha emergido del futuro. Has encontrado un espacio intermedio donde los asuntos de la vida no se entrometen, donde el efímero momento persiste y verdaderamente se convierte en el presente; un lugar donde el Padre Tiempo se sienta a la vera a tomar aliento cuando piensa que nadie lo está observando. ¡Ay, si se quedase dormido y dejara a los mortales vivir sin envejecer!

Hasta aquí has yacido en perfecta quietud porque el más mínimo movimiento podría disipar los fragmentos de tu letargo. Ahora, irremediablemente despierto, fisgoneas a través de la cortina entrecerrada y observas que la ventana está ornamentada con elegantes artificios en escarcha, que cada cristal muestra algo parecido a un sueño congelado. Ya habrá tiempo suficiente para identificar la analogía mientras esperas el llamado a desayunar. El objeto más llamativo es el campanario, visto a través de la parte clara del vidrio por donde las cimas plateadas de las montañas no ascienden en el paisaje glacial, cuyo blanco capitel te dirige al esplendor invernal del firmamento. Casi puedes distinguir los numerales en el reloj que recién ha dado la hora. Semejante cielo glacial, los techos nevados y el amplio panorama de la calle congelada, todo blanco, y el agua distante cristalizada cual piedra pueden hacerte tiritar incluso bajo cuatro cobijas y un edredón de lana. ¡Pero mira esa única y gloriosa estrella! Sus rayos se distinguen entre el resto y dibujan la sombra del marco de la ventana sobre el lecho, con un tono más radiante que la luz de la luna, aunque sin trazar una sombra exacta.





Te sumerges entre las telas y escondes tu cabeza entre ellas mientras tiritas, más por la idea de una atmósfera polar que por el frío en tu cuerpo. Hace demasiado frío incluso para que los pensamientos salgan a aventurar. Especulas sobre el lujo de consumir la existencia entera entre tu lecho como una ostra en su caparazón, satisfecho con el éxtasis perezoso de la inacción, consciente en la somnolencia nada más que del delicioso calor que ahora vuelves a sentir. ¡Ay, pero esa idea ha traído otra horrenda a sus espaldas! Piensas en los muertos que yacen en sus frías mortajas y estrechos féretros durante el lúgubre invierno del sepulcro, y no puedes convencerte de que ni se estremecen ni se encogen cuando la nieve se acumula sobre sus montículos y las amargas ráfagas de viento aúllan contra la puerta de la tumba. Ese lúgubre pensamiento traerá consigo una lúgubre multitud y lanzará su semblante sobre tu hora insomne.

En las honduras de cada corazón hay una tumba y un calabozo, aun cuando las luces, la música y la jerga de la superficie nos hagan olvidar su existencia y oculten la de quienes están en el entierro o la prisión. Pero a veces, casi siempre a media noche, aquellos oscuros receptáculos se abren de par en par. En una hora como esta, cuando la mente tiene una sensibilidad pasiva, pero no fuerza activa, cuando la imaginación es un espejo que infunde intensidad a todas las ideas sin la potestad de elegir las o controlarlas, ruega por que tus penas puedan dormir y la hermandad del remordimiento no rompa sus cadenas. Es demasiado tarde. Un cortejo fúnebre pasa flotando junto a tu lecho en el cual la pasión y el sentimiento cobran forma corpórea y los objetos de la mente se vuelven opacos espectros para la vista. Ahí está tu primera tristeza, una pálida joven doliente, idéntica cual hermana al primer amor, tristemente bella, con una sagrada dulzura en sus facciones melancólicas y gracia en la caída de su azabache manto. Seguido aparece una sombra de arruinada hermosura, con polvo

en su dorado cabello y sus brillantes vestidos todos marchitos y estropeados, evadiendo tu mirada con cabeza gacha cual temerosa del reproche: era tu más querida esperanza, pero una engañosa, así que llámala ahora Desilusión. La sucede una figura más severa, con el ceño arrugado, la mirada y el gesto de una férrea autoridad: no hay nombre para él salvo Fatalidad; emblema de la malévola influencia que gobierna tus fortunas, demonio a quien tú mismo te subyugaste con algún error en el albor de tu vida y fuiste hecho para siempre su esclavo por haberle obedecido una sola vez. ¡Mira esos contornos endemoniados grabados en la oscuridad, el retorcido labio del desprecio, la burla de ese ojo viviente, el dedo inquisidor tocando ese adolorido lugar en tu corazón! ¿Recuerdas algún acto de enorme torpeza que te haría sonrojar incluso en la más remota caverna de la tierra? Entonces reconoce tu vergüenza.

¡Pasa, espantosa horda! Bien por el desvelado, miserable en su caos, si no lo rodea una tribu más feroz: los demonios de un corazón culpable que contiene dentro de sí su infierno. ¿Qué tal que Remordimiento adquiriese la apariencia de un amigo herido? ¿Qué tal que el demonio viniese en lencería de mujer, entre pecado y desolación con pálida belleza, y se acostase a tu lado? ¿Qué tal que se irguiese a los pies de tu



lecho con la apariencia de un cadáver y una mancha sangrienta en su sudario? Suficiente es sin semejante culpa esta pesadilla del alma, este pesado, pesado ocaso de los ánimos, esta invernal tiniebla sobre el corazón, este horror indistinto de la mente entremezclándose ella misma con la oscuridad del dormitorio.

Despiertas erguido con esfuerzo desesperado, librándote de una suerte de sueño consciente y mirando con locura alrededor del lecho, como si los demonios estuviesen en algún lugar distinto a tu mente atormentada. En ese mismo instante, las brasas durmientes en el hogar emanan un resplandor que ilumina pálidamente fuera del dormitorio y centellea a través de la puerta de la recámara, pero sin poder disipar del todo su oscuridad. Tu ojo busca cualquier cosa que pueda recordarte el mundo de los vivos. Con ávida minuciosidad te percatas de la mesa junto a la chimenea, el libro con una cuchilla de marfil entre sus hojas, la carta desplegada, el sombrero y el guante caído. Pronto la llama se desvanece y, con ella, la escena entera se esfuma, aun cuando su imagen permanece un instante en el ojo de tu mente cuando la oscuridad ha devorado la realidad. Por toda la recámara está la misma oscuridad que antes, pero no la misma tiniebla en tu corazón.

Al caer tu cabeza sobre la almohada piensas, hablando en un susurro, cuán agradable sería en estas soledades nocturnas el ir y venir de una respiración más suave que la tuya, la ligera presión de un tierno seno, el silencioso latido de un corazón más puro, impartiendo su paz al tuyo tan atormentado, como si la amada durmiente estuviese involucrándote en su sueño. Su influencia te cobija, pese a no existir más que en esa imagen momentánea. Te sumerges en un espacio florido en las fronteras del sueño y la vigilia, mientras tus pensamientos se alzan frente a ti en imágenes, todas inconexas, pero todas asimiladas por una belleza y



un júbilo abrumadores. Al rodar de hermosos escuadrones reluciendo bajo el sol le sigue la alegría de niños rodeando la puerta de una escuela bajo la brillante sombra de viejos árboles al rincón de un rústico camino. Estás de pie en el soleado diluvio de una lluvia de verano, caminas entre los soleados árboles de un bosque otoñal y miras arriba al más brillante de los arcoíris extendiéndose por sobre la ininterrumpida capa de nieve en el lado estadounidense del Niágara. Tu mente lucha a gusto entre el danzante resplandor de un joven y su recién casada alrededor del hogar y el gorjeo volador de los pájaros en primavera sobre su recién hecho nido. Sientes cómo se mece felizmente un barco con la brisa, ves los pies cantantes de jóvenes sonrosadas mientras dibujan su última y más alegre danza en un espléndido salón de baile y te encuentras en el círculo brillante de un teatro abarrotado mientras la cortina cae sobre una escena ligera y diáfana.

Con un involuntario arranque te aferras a la consciencia y compruebas que no estás entredormido al trazar un paralelo dubitativo entre la vida humana y la hora que ha pasado. En ambos emerges del misterio, pasas por una vicisitud que no puedes controlar sino imperfectamente y eres arrojado a otro misterio. Ahora viene el repicar del distante reloj con campanadas más y más tenues a medida que te hundes en la naturaleza salvaje del ensueño. Es la campana que anuncia una muerte temporal. Tu espíritu se ha marchado y se aleja cual ciudadano libre entre las gentes de un mundo de sombras, contemplando vistas extrañas, pero sin asombro o pesar. Así de tranquilo será, tal vez, el cambio final; tan imperturbada, como entre objetos familiares, la entrada del alma a su eterna morada.



Nathaniel Hawthorne

Escritor estadounidense (1804-1864) y uno de los principales referentes del romanticismo oscuro. Publicó su primera novela en 1828, titulada *Fanshawe: A Tale*. En esta misma época, escribió relatos para diferentes revistas y anuarios, que se recogerían en 1837 en su *Twice-Told Tales*. En 1850, publicó su obra más célebre, *The Scarlet Letter*, a la que seguirían *The House of the Seven Gables*, *The Blithedale Romance* y, en 1860, *The Marble Faun*.

Alejandro Ramírez Pulido

Nacido y criado en Bogotá, egresado del departamento de filosofía de la Universidad Nacional de Colombia en 2018. Realizó cursos de alemán, creación literaria y técnicas de traducción en la misma universidad. Participó en el taller de traducción de ACTTI Literaria y es miembro cofundador del grupo estudiantil de creación literaria "Arteletra - Escritores UN". Actualmente se desempeña como traductor independiente y escribe para una revista automotriz de circulación nacional. Su principal pasión es el automovilismo, disciplina en la que compite como amateur, y su obsesión constante es conectarla con sus otros amores: la literatura, las lenguas y la filosofía ética.



Una noche, hace mucho, mucho tiempo...

Charles Ferdinand Ramuz

Traducción del francés de Nidia Díaz

Una noche, hace mucho, mucho tiempo, Denys Verro de Bulle mató a su mujer de una puñalada en el corazón, porque la acusaba de no haberle sido fiel. Ella era dócil y temerosa. Se puso de rodillas y dijo:

—Usted se engaña, perdóneme.

Entonces sus rubios cabellos se desanudaron. Y Denys, observándolos en su locura imaginó que otros allí habían hundido como él ambas manos. Y se estremeció y la mató. Es así como ya nadie vería esos cabellos ni olería su perfume.

La luna alumbraba aquella noche. Adeline ni siquiera lanzó un suspiro. Palideció y su cabeza cayó hacia atrás, eso fue todo. Y en ese momento, la luna apareció en la ventana y miró dentro de la habitación. El pájaro de la noche chillaba afuera, un perro aulló; entretanto Denys limpiaba la hoja de donde la sangre caía gota a gota. Y vio la luna y le dijo:

—¡Lárgate de aquí!

Y la luna desapareció. Después tomó a su mujer y la tendió en el lecho y la besó en la frente, porque aún la amaba. Había una manchita roja debajo del seno izquierdo. Ella llevaba puesto un vestido blanco. Y su hermosa cabellera cubría sus párpados cerrados.



Se sentó junto a ella y tomó su manecita en la suya. Y he ahí que la manecita se enfrió poco a poco. Al llegar el alba, ya estaba gélida. Entonces, volvió a ponerla sobre las sábanas. Dijo:

—Vas a dormir mucho tiempo. Pero dormirás con tus hermanas cristianas en la tierra santa.

Escogió cuatro tablas que juntó, enseguida dos más, y clavó una debajo y fijó la otra encima con una bisagra, era el ataúd. Ya que él ocultaba su crimen. Al caer la noche el ataúd estuvo listo. Puso dentro a su mujer, con su vestido blanco y una corona de margaritas en el cabello, luego la contempló largamente para guardar la imagen en su corazón así como el cuerpo en el ataúd.

Y no lloraba, sino que pensaba: «Ahora ella es mía. Es como un niño que duerme. Está acostada y duerme. Duerme, es la noche que pasa. La llevaré en mis brazos. Cavaré su tumba y la noche estará junto a mí para sus funerales. Después partiré hacia países lejanos. Qué me importa este cuerpo vacío. Lo siento que canta en mi corazón».

Y dicho y hecho, pero, antes de salir, preparó para el viaje una alforja de cuero y su espada y una gran capa negra. Luego, ensilló su caballo que relinchó de alegría al ver a su amo.

Cuando todo estuvo listo, tomó el ataúd en sus brazos y una pica para cavar la tierra. Abrió la puerta. La noche era oscura y el cielo sin estrellas. Y caminó por la pradera. Se veía la iglesia y el cementerio que la rodeaba. Y escogió el lugar donde ella tendría que dormir. Cerca había un árbol grande y una cruz.



Entonces comenzó a cavar la fosa alzando en alto la pica sobre su cabeza y arrojándola pesadamente y la tierra gemía con cada golpe. Bajo la hierba la tierra es negra. Las casas dormían juntas. No se oía ningún ruido. Solo los engranajes del reloj que chirriaban un poco al girar.

Pronto el hueco fue lo bastante profundo. No hace falta mucha tierra sobre los muertos. Denys Verro bajó el ataúd al hueco y lo depositó en el fondo. Luego se dispuso a sepultarlo.

Pero, en ese momento, la luna salió por detrás de una gorda nube, la sombra de la cruz cayó sobre la fosa y la montaña, que se alzaba irguiéndose, gritó:

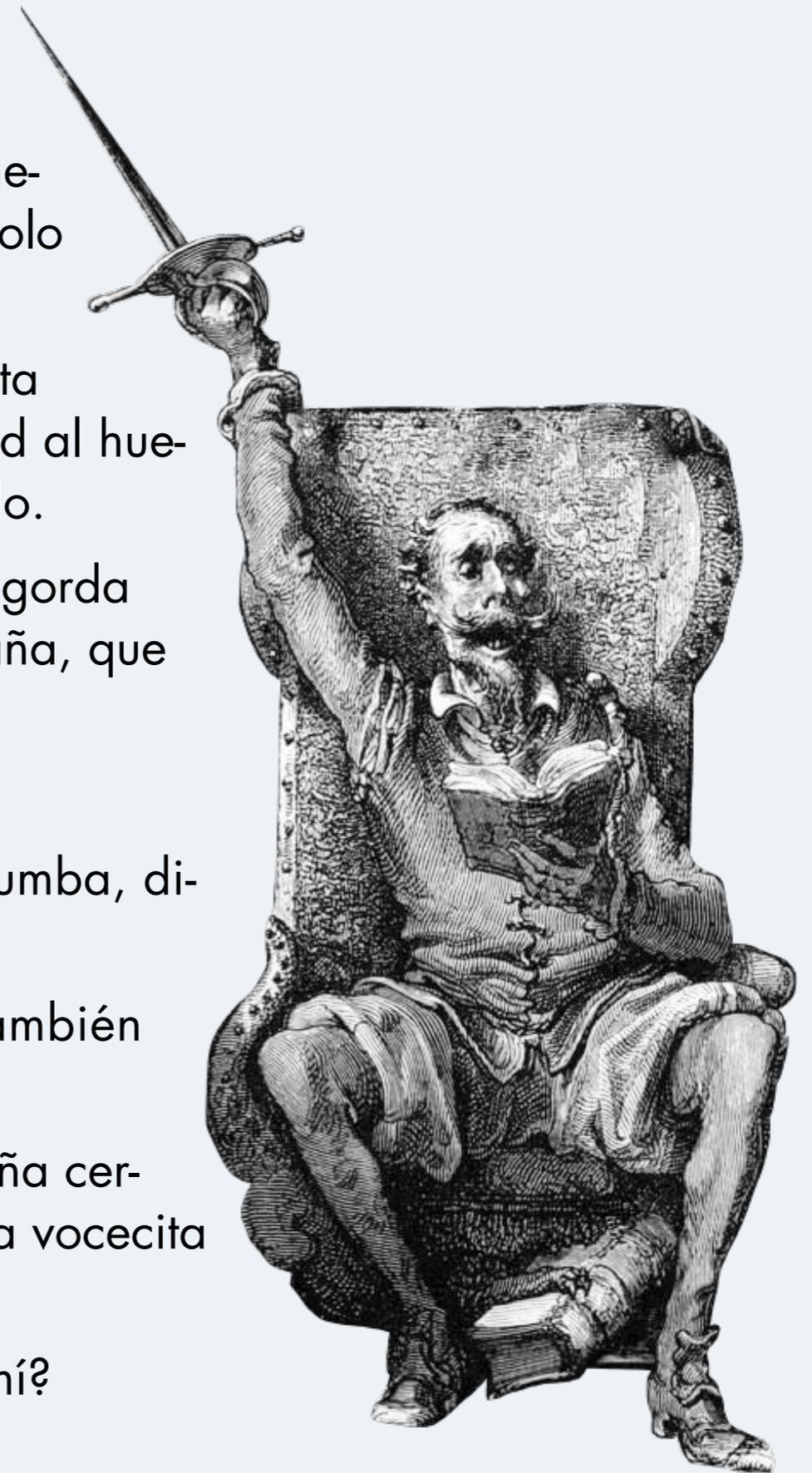
—¡Denys Verro!

Y Denys Verro oyó también una voz que salía de la tumba, diciendo:

—¿Por qué me dejas sola, amigo mío? Sabes que también te amo aún.

Y la sombra de la cruz caía sobre el ataúd y la montaña cercaba el valle, como lo vio Denys con sus propios ojos y la voccecita que salía de la tumba seguía quejándose.

—Denys —decía—, ¿por qué no te quedas cerca de mí?



Y Denys dejó su pica y se fue a la casa de justicia donde confesó su crimen.

Se encontró en su cuarto el bolso de cuero y la capa, en el establo el caballo ensillado y alguien dijo:

—Vean cómo había preparado todo. Porque primero mató a su mujer y luego quería huir.

Y en el cementerio se encontró la fosa abierta y el ataúd en el fondo, pero la muerta se quedó callada.

Denys Verro estaba en un calabozo bajo la gran torre. No se veía nunca la luz del sol. El cielorraso era abovedado y el agua escurría de él gota a gota como la sangre goteaba del cuchillo. Y hacía frío como en la tumba. Y el silencio allí era grande como el silencio de la muerte.

Denys Verro sufría enormemente, sentado sobre las losas. Cada mañana ponían cerca de él un cántaro de agua y un pedazo de pan negro. Después, se quedaba solo. Y se preguntaba en medio de sus penas: «¿Por qué me traicionó de esa manera, a mí que la amo? La habría llevado conmigo a la orilla del lago, y a los pueblos y bajo los cerezos en flor. ¿Por qué se irguió la montaña? ¿Por qué la sombra de la cruz sobre la tumba? ¿Por qué esa voz dulce y esa señal de gracia, puesto que heme aquí preso y lanzado a los malvados en todas mis angustias?».

Y se golpeaba la cabeza.

Una mañana lo hicieron subir para juzgarlo. Halló en una gran sala a seis hombres vestidos con túnicas de sangre. Uno de ellos habló, interrogó a Denys recordándole su falta:



—Criminal —dijo— y dos veces criminal, puesto que primero asesino y asesino de tu mujer, a quien fuiste unido por la iglesia, y ese voto que rompiste lo había formado Dios, por tanto te acusamos de asesino y sacrílego.

E interrogó a Denys, pero Denys bajó la cabeza y no respondió.

Le decían:

—Admite por lo menos tu falta, pues la confesión no redime la falta, ni siquiera el arrepentimiento, pero alivia el corazón.

Y Denys no confesaba nada.

Así que entonces lo sometieron a tortura. Primero le prensaron los dedos entre dos placas de cobre, mediante una tuerca de tal manera que la sangre brotó, la piel se había reventado y sus uñas se clavaban en la carne. Luego lo suspendieron de los puños, después de atarle a los pies una bolsa de arena, cada vez más pesada, tanto que al final los huesos le crujieron en todo su cuerpo, como si los brazos y las piernas se desprendieran del tronco. Y él no confesaba. Lo enrodaron y él no confesaba.

Lo que él pensaba: «Estos hombres no pueden entender que ella no está en absoluto muerta, sino que vive en mí. Y si hablo es a ella a quien pondré delante de ellos, este amor que esparciré, consumiéndome, mientras que ellos se burlan, en sus túnicas rojas. No obstante, esta puerta está cerrada y mis dientes pegados y mi boca viuda de la palabra».

Y cuando se dieron cuenta de que todas las torturas y todos los tormentos no servirían para nada, lo condenaron a ser ahorcado en la plaza.



Entonces Denys se dirigió de nuevo a la muerta que amaba, diciéndole:

—¿Qué hiciste? y ahora, ¿ves a esos hombres? ¿Ves mi muerte y ahorcamiento, tras mi duelo y tantos dolores, y aun así me ves también ahorcado? Pues estaré lejos de ti para siempre. Tú estarás con los ángeles y yo donde están los demonios y las máquinas del infierno.

Pero la muerta no le respondió a su corazón, más que lo que él mismo les había respondido a los jueces.

La mañana en que colgaron a Denys un gran gentío se agolpó en la plaza. Era día de mercado. Había puestos toldos donde vendían escudillas, cortes de algodón y lana, utensilios de hierro y empuñaduras de fute. Había venido gente de todos los pueblos vecinos, desde Gruyères, de un lado, y desde Montbovon del otro. Había también caravanas de gitanos, con tarotistas y adivinas que atraían a los curiosos leyéndoles el destino en la clara del huevo y en las líneas de la mano. Y en la plaza se elevaba el castillo con su gran torre donde Denys estaba encerrado.

La enorme campana dio las diez. El séquito salió por la poterna. A la cabeza se veían hombres de armas que portaban alabardas al hombro, luego el heraldo que llevaba en la mano un papel en el que la sentencia estaba escrita; después el condenado, escoltado de un sacerdote; por último, de nuevo, gendarmes. Y la multitud se apartó.



Dos hombres sostenían a Denys, no porque tuviera miedo, ni porque la emoción lo hubiera abatido, sino porque la tortura le había destrozado los miembros, y todo su cuerpo, a decir verdad, no era más que una llaga. Y la muchedumbre, que se había apartado, volvió como una ola que rompe y gritaba:

—¡Muerte! ¡Muerte al asesino que mató a su mujer!

Las viejas decían:

—Era sin embargo una mujer tan buena, tan gentil. ¿Qué le dio que la mató?

Denys no parecía ni ver, ni oír. Y la muchedumbre no cesaba de gritar:

—¡Muerte! ¡Muerte!

El verdugo, vestido de rojo, como los jueces, pero con los brazos descubiertos y en túnica corta permanecía bajo el patíbulo con sus edecanes. Denys subió las tres gradas. Y el heraldo comenzó a leer el acta del juicio. Cuando hubo terminado, el sacerdote se acercó a Denys y le dijo:

—Hermano, la hora solemne se acerca, ¡confiese y arrepíentase! Pero Denys, por última vez, sacudió la cabeza y se mantuvo en silencio.

Entonces el verdugo les hizo una seña a sus edecanes que ataron las manos de Denys y le echaron la soga al cuello. Y de súbito se elevó en el aire, pataleó un momento, pero un hombre se las agarró y se colgó de ellas, y se ahorcó, la soga se tensó y en su extremo quedó Denys inmóvil al final, con la cara toda azul y sacando la lengua.



Y en toda la plaza la multitud aplaudía y alzaba los brazos, señalando con el dedo el cadáver que dejaban allí como ejemplo para aquellos que tienen malos pensamientos, por varios días.

En la noche cayó nieve, a pesar de que fuera abril. Luego el viento que se alza ante el alba en medio de las montañas espantó a las nubes una por una, acumulándolas hacia el poniente. Luego el cielo azul apareció. La nieve se había derretido en la plaza, pero aún se aferraba al borde de los tejados y las copas de los árboles, recamados de plata y refulgentes, al mismo tiempo que el sol aparecía, redondo y pálido, sobre la cresta de los peñascos.

Entonces sobre el patíbulo se vio a Adeline la muerta, reencarnada, apoyada sobre el cuerpo de su marido y estrechándolo entre sus brazos, mientras que Denys ya alcanzado por la corrupción se inclinaba hacia ella sonriendo.



Charles Ferdinand Ramuz

Escritor suizo (1878-1947). Tras terminar sus estudios de Letras en la Universidad de Lausana, se radicó en París, donde vivió desde 1904 hasta el inicio de la Primera Guerra Mundial, en 1914. Durante este periodo escribió sus primeras obras, entre ellas *Aline*, *Jean-Luc persécuté*, *Aimé Pache* y *Vie de Samuel Belet*. En 1914 volvió a Suiza, donde escribió sus obras más reconocidas: *L'Amour du monde* y *La Grande Peur dans la montagne*. En 1927, se convirtió en el tercer ganador del premio Gottfried Keller. Ramuz dedicó el final de su vida a la escritura de ensayos políticos y autobiográficos como *Taille de l'homme* y *Besoin de grandeur*.

Nidia Díaz

Nacida en Bogotá, curiosa por nuevos idiomas y culturas. Se identifica como traductora de emociones con alto sentido imaginativo, artístico y creativo. Es Licenciada en Filología Francesa de la Universidad Nacional de Colombia y ha trabajado en docencia del francés y el español para extranjeros. Tras cursar el Diplomado en Traducción de Textos Literarios del Instituto Caro y Cuervo, sus intereses viraron hacia la traducción literaria y se integró como miembro a la ACTTI y a la ACTTI Literaria. Ha participado de la traducción colectiva de textos narrativos en los Talleres de Traducción de ACTTI Literaria, bajo la guía del profesor Mateo Cardona, que le han permitido construir una enriquecedora perspectiva de la traducción.



Una casa encantada

Virginia Woolf

Traducción del inglés de Bertha E. Barba

Sin importar la hora a la que uno despertara, había una puerta cerrándose. De habitación en habitación iban, de la mano, levantando aquí, abriendo allá, cerciorándose: una pareja fantasmal.

«Aquí lo dejamos», decía ella. Y él añadía: «¡Ah, pero aquí también!». «Está arriba», murmuraba ella. «Y en el jardín», susurraba él. «¡Suave!», decían, «o los despertaremos».

Pero no era que nos despertaran. Ah, no. «Están buscándolo; están corriendo la cortina», uno podría decir y seguir leyendo una página o dos. «Ya lo encontraron», podría uno creer, deteniendo el lápiz sobre el margen. Y entonces, cansado de leer, uno se podría levantar y ver la casa totalmente vacía, las puertas abiertas de par en par, solo el arrullo placentero de las torcazas y el zumbido de la trilladora desde la granja. «¿Para qué vine? ¿Qué quería encontrar?». Tenía la mente en blanco. «¿Quizás está arriba?». Las manzanas estaban en el ático. Y entonces abajo de nuevo, el jardín tan silencioso como siempre, solo el libro se había deslizado al césped.

Pero lo habían encontrado en la sala de estar. No era que alguien pudiera verlos alguna vez. Los cristales de las ventanas reflejaban las manzanas, reflejaban las rosas; todas las hojas eran verdes en el vidrio. Si entraban a la sala de estar, la manzana solo mostraba su lado



amarillo. Aunque, un momento después, si la puerta se abría, se regaban por el suelo, se colgaban de las paredes, se suspendían del techo... ¿Qué? Tenía la mente en blanco. La sombra de un tordo cruzaba la alfombra; de los profundos pozos del silencio, la torcaza liberaba su sonido burbujeante. «Seguro, seguro, seguro», el pulso de la casa palpitaba con suavidad. «El tesoro enterrado; la habitación...». El pulso se detenía abruptamente. Ah, ¿era eso el tesoro enterrado?

Un momento después la luz había mermado. ¿Afuera, en el jardín, entonces? Pero los árboles hilaban oscuridad para un errante rayo de sol. Tan delicado, tan raro, refrescándose al sumergirse bajo la superficie, el rayo que buscaba siempre brillaba detrás del vidrio. La muerte era el cristal, estaba entre nosotros; se llevó a la mujer primero, cientos de años atrás, abandonó la casa, selló todas las ventanas; las habitaciones se oscurecieron. Él se fue, la dejó, fue hacia el norte, fue al oriente y vio las estrellas invertidas en el cielo sureño; buscó la casa y la encontró abandonada al lado de los Downs. «Seguro, seguro, seguro», el pulso de la casa palpitó alegremente. «Su tesoro».



El viento ruge por la alameda. Los árboles se inclinan y doblan de aquí para allá. Los rayos de luna se desbordan y salpican salvajemente la lluvia. Pero el rayo de la lámpara cae directo desde la ventana. La vela arde erguida y silenciosa. Deambulando por la casa, abriendo las ventanas, susurrando para no despertarnos, la pareja fantasmal busca su tesoro.

«Aquí dormíamos», dice ella. Y él añade «Besos innumerables». «Al despertar en la mañana...». «Plata entre los árboles...». «Escaleras arriba...». «En el jardín...». «Cuando llegaba el verano...». «En la nevada del invierno...». Las puertas se cierran en la distancia, y golpean con suavidad como el latir de un corazón.

Se acercan, llegan; se detienen en el umbral. El viento cesa, la lluvia desliza plata sobre el vidrio. Nuestros ojos se nublan, no escuchamos pasos a nuestro lado; no vemos a dama alguna desplegar su abrigo espectral. Sus manos tapan la lámpara. «Mira», susurra él, «profundamente dormidos. El amor sobre sus labios».

Inclinados, sosteniendo su lámpara plateada sobre nosotros, miran larga y profundamente. Larga es la pausa. El viento golpea de frente; la llama se inclina con suavidad. Los desenfrenados rayos de luna atraviesan el piso y la pared y al encontrarlos tiñen los rostros inclinados, los rostros pensativos, los rostros que escudriñan a los durmientes y buscan su felicidad oculta.

«Seguro, seguro, seguro», el corazón de la casa late con orgullo. «Cuántos años», suspira él. «De nuevo me encontraste». «Aquí», murmura ella, «durmiendo: en el jardín leyendo; riendo, haciendo rodar las manzanas en el ático. Aquí dejamos nuestro tesoro...». Al inclinarse su luz levanta mis párpados. «Seguro, seguro, seguro», el pulso de la casa late con furia. Al despertar, grito: «¿Ah, es este su tesoro escondido? La luz en el corazón».



Virginia Woolf

Escritora inglesa (1882-1941), gran figura del modernismo y vanguardismo anglosajones, de gran actividad durante el periodo de entreguerras. Hizo parte del célebre grupo de Bloomsbury, que la reunió con prestigiosos artistas y escritores de la época. Fue una de las pioneras de la *Stream of Consciousness*, con la que exploraba las motivaciones internas y psicológicas de sus personajes. Sus obras más reconocidas, *Mrs Dalloway*, *Orlando: A Biography*, *Flush: A Biography*, *The Waves* y su ensayo *A Room of One's Own* le valieron el reconocimiento internacional que una escritora de su talla merece. Temiendo perder la batalla con lo que llamaba "su locura", se suicidó en 1941, metiendo piedras en los bolsillos de su abrigo y lanzándose al río Ouse, cerca de su vivienda.

Bertha E. Barba

Nació en Bucaramanga y llegó muy pequeña a Barranquilla, por lo que se considera costeña por educación y elección. Estudió Lenguajes y Estudios Culturales en la Universidad de los Andes, con la pareja de idiomas inglés y alemán. Además optó por traducción de inglés y siguió cursos libres de traducción en la Universidad Nacional. Participó en el Seminario Internacional Cantera de Traductores de *Alitral* (taller de alemán) en 2018 y en el taller de traducción literaria de Barbárika en sus dos primeras rondas. Le encantan la literatura, las buenas películas y los deportes. Escritora frustrada porque los demonios de su cabeza hablan más rápido de lo que ella puede escribir.



La fotografía de Dios

Joe Stretch

Traducción del inglés de Paulina Zuleta Jaramillo

Quizás alguien lo llamó así por casualidad y pegó. Creo que describe bien lo sucedido. Es como si Dios nos hubiera mirado desde el cielo y tomado una foto usando una cámara con un flash enceguecedor.

Cuando veo cómo afectó a la gente —o cuando escucho a alguien famoso describir cómo lo sobrellevó— no me siento tan mal.

Atravesaba por un divorcio difícil. El periódico había prescindido de mí y vivía en una casa que pensaba remodelar y vender. Entonces, después de un año sin contacto, Hannah y Emily comenzaron a venir. No verlas había sido un martirio. Además, aún tenía sentimientos por su mamá: durante un tiempo dormí sobre la sábana que nos robamos del hotel en nuestra luna de miel. Pero, en general, había logrado acostumbrarme a la situación.

Casi no reconozco a las niñas la primera vez que vinieron al Norte. Habían crecido. Vestían *leggings* y chaquetas de cuerina. Hannah, mi hija mayor, había cumplido trece mientras nos divorciábamos pero parecía más grande. Me había parado en la plataforma de la estación esperando dos niñas con cara lavada y pelo suelto.



Kevin, el nuevo hombre de mi exesposa, le había comprado a Hannah unas botas de goma forradas en piel. No tardó en mostrármelas. De hecho aún estábamos sobre la plataforma. Sacó el pie, dobló la rodilla y posó.

Kevin tocaba guitarra rítmica en uno de esos grupos de los noventa a los que les había «faltado un centavo para el peso». De hecho, yo le había comprado un sencillo cuando tenía veintitantos. Una vez, poco después de que mi esposa se fuera a vivir con él, me llamó y con ironía le recité la letra. En realidad fue una estupidez.

Cuando su carrera musical fracasó, comenzó un negocio de venta de chanclas y ganó muchísimo dinero. Para él, el precio de las botas no era nada.

—Muy lindas —le dije a Hannah.

Las niñas venían más o menos cada mes, solo por el fin de semana. Cuando les proponía alguna actividad, Hannah inevitablemente torcía la jeta y Emily la imitaba sin importar cómo se sintiera en el fondo. Lo único que Hannah disfrutaba de verdad era ir de compras y de vez en cuando yo flaqueaba y las llevaba a *Trafford Centre*. Recuerdo que, la segunda o tercera vez que vinieron, le di diez libras a cada una y me senté en la rotonda de comidas mientras ellas hacían las compras. Me vi un espectáculo del Circo del Sol en un televisor enorme sin volumen: unos extranjeros que colgaban de telas de colores.



Cuando las niñas volvieron, venían cargadas de bolsas. Ambas habían comprado el calendario de un cantante joven que les gustaba. En marzo el cantante aparecía en calzoncillos blancos, sentado enfurruñado en una cama con dosel. Era brutalmente fornido. Sugerí que dibujaran caritas felices en las fechas en las que vendrían a verme o que al menos escribieran «Pa». Pero me dijeron que el calendario era para otras cosas.

Cuando se fueron, encontré una prenda de Hannah. Kevin me llamó y preguntó si había visto algo. Le dije que no. Me incomodaba discutirlo con él. Negué por completo que supiera de la prenda perdida, lo que me puso en desventaja.

No mucho antes de Navidad Kevin llamó de nuevo, esta vez para hablar de una *roller disco*. A Hannah la habían invitado a una y caía en un fin de semana que las niñas debían pasar conmigo. Había planeado adelantar la Navidad con ellas. Una Navidad de mentiras.

—Lo necesita —dijo Kevin sobre la *roller disco*. Habló de su autoestima, lo que me impactó por manipulador.

—Se atraca de comida —dijo.

—¿En serio? —le respondí.

No creía que fueran a asistir muchachos mayores a la *roller disco*. Le pregunté cómo podía ser tan ingenuo: comencé a hablarle sobre lo que yo llamaba la «cruda realidad de las cosas». La reacción de Kevin fue preguntarme por un incidente que tuvimos Hannah y yo en el supermercado. Por eso supe que le pasaban información. Contraataqué jodiéndolo con su banda. Se cagó de la risa. Yo solo estaba llevado de la tristeza porque se dañaba mi plan de Navidad.



El episodio del supermercado sucedió el sábado de la visita anterior. Después de una salida patética a un parque acuático, decidí ir a comprar. Buscábamos cereal pero fuimos a dar al pasillo de la ropa. Intentaba ubicarme cuando escuché que Hannah y Emily soltaban una risita burlona. Hannah había tomado del estante una bota de gamuza forrada en piel. Fingía que prefería la bota del supermercado a su propio par. Por primera vez en todo el día mostraba un tris de entusiasmo y Emily le seguía el juego y le daba cuerda con su risa.

—Quítate las botas, Hannah —dije.

Saqué de mi morral papel y lápiz.

—Ya mismo —dije.

La gente nos miraba.

Le pedí a Emily que mostrara las diferencias entre la bota del supermercado y el par de Hannah.

—No lo hagas —le dijo Hannah a su hermana.

—A ver —dije—, estoy esperando.

Obvio, no había ninguna diferencia salvo la marca, que no me tomé el trabajo de anotar, y el precio.

El problema era que aquí no tenían un círculo de amigos. Se la pasaban pegadas al teléfono. Preocupadas de no estar en la jugada.

Entonces, el fin de semana de la Navidad que cancelamos, Dios tomó su fotografía.



Sin tener que entretener a las niñas, me dediqué a mantenerme ocupado. Me levanté temprano el sábado a lijar los guardaescobas, pintar la entrada y limpiar al vapor el aserrín de las paredes de la sala. Hacia media mañana revisé los múltiples perfiles de Hannah. Había mucho entusiasmo con la *roller disco* y unos cuantos comentarios subidos de tono. Luego, a media tarde, me paré junto a la ventana de mi cuarto pensando a dónde se había ido la mañana. Afuera, en la calle, los niños se turnaban para saltar del andén en patineta. No era gran cosa pero los miraba, así que estaba dentro de la casa cuando sucedió.

La fotografía de Dios: creo que en realidad describe el evento a la perfección. El flash potente. La ceguera temporal. Y luego, y supongo que en este punto la metáfora tambalea, los gritos mientras el calor blanco nos cambiaba.

Me recosté en una tina de agua fría, respirando por un *snorkel* para niños. Sentía la piel de la cara fría y firme. Pensaba en cómo llegarles a mis niñas.

A la semana, las llamé.

La voz de Emily se había engrosado. Estaba en la casa frente al computador cuando sucedió. Le pregunté dónde había estado su hermana. Me confió que Hannah había estado con un muchacho en el parqueadero de la *roller disco*.

—¿Mayor que ella? —pregunté.

—Ya no tiene párpados, Pa —dijo Emily—. Tiene que usar gotas.

Después de un rato le pasó el teléfono a Kevin. Quería llevar a mi exesposa de paseo de fin de semana, al lugar donde ella había crecido. Aparentemente no la estaba pasando bien.



—Como todo el mundo —dije, pero sin agresividad.

La conversación fue amable. La gente se estaba uniendo. Aun personas como Kevin y yo, que éramos dos tipos completamente diferentes de hombre. El plan era que Kevin llevara a las niñas hasta la bomba de gasolina de *Midlands*. Me comprometí a recogerlas allí.

Opté por retirarme cuando el periódico pasó a ser digital. El trabajo me tenía frenado y no quería pasarme el resto de la vida en Internet. Pero el cambio a la independencia no me estaba dando los ingresos que esperaba. La pared de la fachada de la casa había comenzado a inclinarse. Había quitado todas las puertas de adentro para llevarlas a inmunizar y no me había tomado el trabajo de recogerlas en la maderera.

En febrero manejé hasta la bomba de gasolina. Llegué temprano, me senté entre el carro y escuché radio. Fui y chismoseé las revistas y luego a orinar. Los baños apestaban a mierda y el secador de manos estaba trabado. Todos los espejos estaban rotos pero todavía podía medio verme.

Llamé a un número garrapateado en la puerta de un cubículo, una locura total. Contestó una mujer. Podía oír un perro que ladraba al fondo y algo que sonaba como un televisor.

—¿Quién es? —dijo. Tenía una voz sumamente gruesa.

—¿Usted cómo es? —pregunté.

—¿Quién es? —dijo.



—Descríbase.

Era de noche cuando Kevin entró manejando su camioneta al parqueadero. Lloviznaba. Nos dimos la mano frente al reflejo cónico de las luces de la camioneta. Se había puesto una vieja capucha en la cabeza. Siempre era interesante ver cómo se afectaba cada quien. Mi exmujer se quedó en el asiento del copiloto, llevaba una blusa y un blazer, su rostro oculto por la luz que brillaba.

—Perdón la demora —dijo Kevin.

Había sido atractivo. En los noventa criticaban a su banda por lo bonitos que eran. Los periodistas los acusaban de haber sido fabricados, algo terrible en esa época. Otros creían que habían logrado grabar un disco por su físico, no por su música. Eso me parecía injusto.

—No hay problema —dije.

Una puerta trasera de la camioneta se abrió. Hannah pasó derecho hacia mi carro sin mirarme. Estaba oscuro pero me di cuenta de que estaba hecha un globo. Emily se bajó y corrió hacia mí. Estaba muy grande para que la alzara, pero la levanté contra mí un segundo y luego la dejé escurrirse poco a poco.

No estaba tan cambiada como los demás. Había estado adentro, como yo. Dijo que le emocionaba ver la casa. La gravedad de su voz era muy impactante.

—¿Ya está lista, Pa? —dijo.

Le apreté el hombro y le dije que fuera donde su hermana.



Miré a mi exesposa, o al menos a su blusa y su blazer. Tenía la ilusión de que se hiciera hacia delante para poder verle la cara, pero tan solo cruzó los brazos.

—Hannah duerme con una máscara —Kevin caminaba hacia su camioneta—. Emily no es problema para nada.

—Disfruten el viaje —asentí—. Es una zona preciosa.

La súper noticia mientras íbamos hacia el norte era que un muchacho del curso de Hannah le había mandado una tarjeta de San Valentín a Emily. Había grabado lo que Hannah llamaba un «mensaje de amor», que sonaba cada vez que abrían la tarjeta. Obviamente, a Emily le daba pena y se negó a contarme exactamente qué decía el mensaje.

Hannah iba sentada desgonzada en el asiento de atrás. La verdad es que, hasta que comenzó a atracarse, tenía todo para ser una joven muy saludable. Más o menos cada cien metros, las luces de la carretera le pegaban en la cara. Inclínaba la cabeza y se echaba gotas en los ojos. Se había puesto una base color bronce para mezclar la cara vieja con la nueva.

—¿Todo bien allá atrás?

Ambas estaban profundas cuando llegamos a la casa. Yo había tendido el camarote. Se negaron a desvestirse en un cuatro sin puerta, así que clavé la sábana vieja al marco, una especie de cortina. Prometí que en la mañana haría lo mismo en el baño. Emily dijo que no le importaba que no hubiera tapete. Me agaché hacia su cama en la parte baja del camarote y le di un beso.

—Se me ocurre que mañana vayamos de compras —dije—. ¿Jovencitas?



Me ubiqué al nivel del camarote de Hannah. Se aplicaba las gotas en los ojos. Se había acostado sin desvestirse. Las botas de gamuza estaban tiradas en el piso. Estaban acabadas por completo.

—¿Hannah?

Se acomodó debajo de las cobijas y los herrajes de la cama crujieron suavemente.

—¿No deberías darte un duchazo? ¿Quitarte el maquillaje?

Se volteó y me miró como para tragarme. Los ojos rojos, sin parpadear: una cara de susto sin fin. Pero de alguna manera todos la teníamos.

Emily se asomó desde la cama de abajo.

—No lo tiene que hacer —susurró.

—Está bien —dije.

Hannah guio los bordes plásticos de su máscara de dormir a las cuencas de los ojos. Apretó la correa y la aseguró. El maquillaje se corrió. Asomó el muñón de la lengua e intentó humedecer donde antes tenía los labios.

—Hasta mañana jovencitas —dije.

Me quedé parado a oscuras en el rellano de la escalera, sin decidirme a bajar. Al rato, oí que del cuarto de las niñas salía la voz de un muchacho. Me acerqué a la sabana y escuché. Habló de diez a quince segundos, nada más. Su dificultad para hablar probablemente se debía a algún tipo de deformidad, pensé, aunque no necesariamente. La cuestión era (lo que



me dolía) era que yo me identificaba con mucho de lo que decía. Era en gran medida lo que yo quería decirles a Emily y Hannah. Que las admiraba mucho. Que me parecían muy lindas y graciosas. Que me gustaría andar con ellas, si quisieran.

Pensé en lo que podríamos hacer por la mañana. *Lo que quieran*, ese fue mi plan. Emily debía estar abriendo y cerrando la tarjeta de San Valentín porque el mensaje de amor sonaba y sonaba. Y debo decir que me compadecí de Hannah quien, acostada tras la máscara, escuchaba.



Joe Stretch

Escritor y cantante inglés nacido en 1982. Estudió política en la Universidad de Mánchester y canta en una banda de nombre Performance, un grupo que inició mientras estudiaba en la universidad y que ha lanzado dos álbumes. Ha publicado tres novelas: *Friction* (Penguin Random House, 2008); *Widlife* (2009) y *The Adult*, (2012), ganadora del premio *Somerset Maugham* y nominada al premio Pórtico. En 2010, escribió *Don't Let Go*, el primer audiolibro publicado en *Spotify* y merecedor del premio *Cannes Lion*. Es profesor de escritura creativa en la *Manchester Writing School* desde julio de 2015.

Paulina Zuleta Jaramillo

Nació en Bogotá y a los siete años se trasladó a Nueva York, donde permaneció siete años. A su regreso terminó el Bachillerato y estudió Derecho en la Universidad de los Andes. Como becaria de la Fundación Ortega y Gasset, estudió literatura española e hispanoamericana en Toledo, España. Se inició en la traducción por casualidad y decidió combinarla con el derecho. Desde 1997 es traductora oficial, labor que por momentos combina con la docencia. En 2019 se adentró en la traducción literaria y asistió al Diplomado de traducción literaria francés-español del Instituto Caro y Cuervo. Le encantan la improvisación teatral, la literatura, el campo y la natación.



El cuerpo de Nadia

Chris Killen

Traducción del inglés de Nubia Olarte

Cerciórese de que sus cifras no fluctúen demasiado con respecto a las registradas en su valoración inicial.



Desde que Nadia había dejado de trabajar, tuvimos que empezar a vender cosas. Nuestros portátiles. Mi teléfono. Casi toda nuestra ropa, salvo dos o tres mudas cada uno. Nos decíamos que más adelante podríamos reponerlas. Y hasta mejores.

La noche anterior me hizo verificar, una última vez, su IMC. Usábamos la báscula que ella había traído del mercado de las pulgas y la aplicación de calculadora de su teléfono. Los números del disco eran tan pequeñitos que tenía que ponerme en cuatro para leerlos.

—Aún 124 —dije.

—¿Estás seguro?

Hice el cálculo nuevamente. Y una tercera vez.

—Seguro —dije.

Se bajó. Yo permanecí hincado, observándola mientras se vestía nuevamente, evitando sentir remordimiento.

24 horas antes de la extracción, no consuma alimentos ni bebidas, excepto agua.

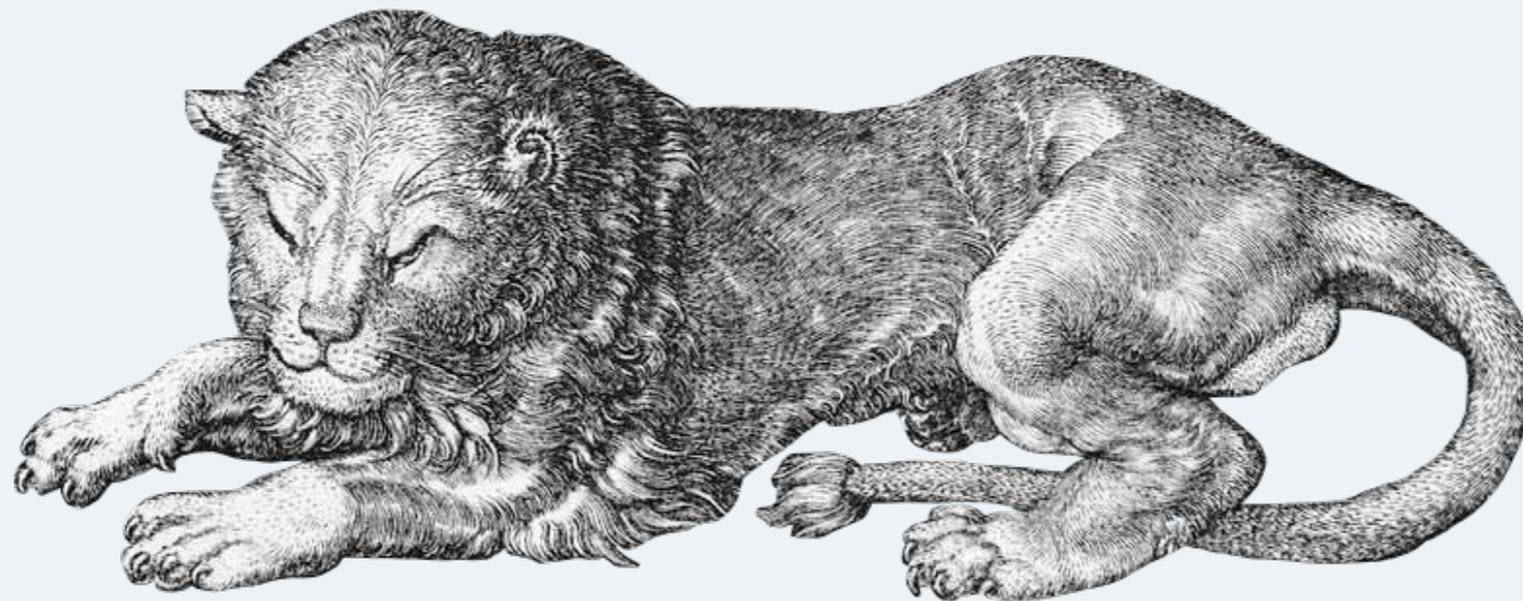
En la cena de despedida, Nadia pidió tanta comida para mí que temí no poder con todo: *wraps*, croquetas, rollitos glaseados rellenos de una crema suave.

—¿Qué tal está? —me preguntaba, mientras bebía sorbos de agua.

—Rico —respondía yo, tratando de esbozar una sonrisa que dijera al tiempo *gracias*, *lo lamento* y, obvio, *ojalá fuera yo*.

Lo primero que hizo cuando llegamos fue botar los zapatos y pesarse otra vez. Sin musitar palabra, me puse en cuatro y miré detenidamente el visor.

—Está igual —dije, resistiendo el impulso de abrazar sus piernas desnudas y romper en llanto.



Se utilizará anestesia general durante el procedimiento. Como en toda intervención de esta naturaleza, esta supone un riesgo.

—Ya puede seguir —dijo el enfermero a primera hora la mañana siguiente.

Había llegado el momento. Por fin, había llegado el momento. Allí estábamos, en una sala de espera de color durazno, que en absoluto se parecía a lo que me había imaginado: más a un consultorio odontológico que a un domo de cristal futurista.

Nadia me apretó la mano.

—¿Supongo que él no puede entrar conmigo? —preguntó Nadia.

El enfermero negó con la cabeza.

—En ese caso, nos vemos en un mes —dijo, sonriéndome.

¡Cómo no se derrumbaba!

—Nos vemos en un mes —dije con una voz que me sonaba extraña.

Vi que el enfermero con su portapapeles aún estaba en la puerta, cuando Nadia se inclinó para darme un beso.

Hombre, quise decirle, déjenos solos.



Para mayor información sobre nuestras bodegas de última generación, haga clic aquí para ver un recorrido guiado.

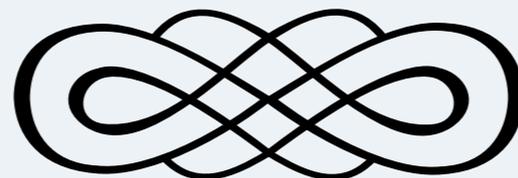
Shamir se portó muy bien conmigo todo el mes que Nadia estuvo ausente, aunque supongo que ambos sabíamos que ya no trabajaría para él cuando Nadia volviera. Me asignó las mejores casas, las de las colinas que tenían citófonos y entradas gigantes y personas ataviadas con prendas costosas, que sí daban propina.

Agradecí andar en mi bicicleta, dando vueltas en la oscuridad.

Trataba de vivir el momento, como solía recomendarme la *app* de meditación del teléfono que había vendido, enfocarme en cosas como el viento en mi cara y tener cuidado de no pisar vidrios rotos y, sobre todo, no dejar que mi mente divagara en ideas como qué podría estar haciendo el cuerpo de Nadia en este preciso momento o dónde tenían a Nadia mientras tanto.

Si alguna vez, sin querer, terminaba pensando en ella, la imaginaba como esa caricatura de un cerebro en un frasco. Obviamente, no era así como funcionaba. Pero así me lo imaginaba.

En ocasiones, podía llegar a una casa excepcionalmente lujosa y, a medida que me acercaba a la imponente entrada principal, tenía esta sensación siniestra de que el cuerpo de Nadia estaba del otro lado.



Cuando no estaba afuera haciendo entregas, trataba de estar dormido todo lo que podía, aunque a veces terminaba ahí parado, en el apartamento vacío, como un personaje secundario entre una escena y otra, escuchando cualquier situación lamentable que estuviera ocurriendo en el callejón.

Es posible que tarde algunos días en readaptarse por completo. Limite sus actividades normales y guarde mucho reposo.

Había imaginado un reencuentro intenso y cargado de lágrimas, pero, cuando llegué a reclamarla, Nadia estaba tan ida que a duras penas me reconoció.

—Solo déjela dormir hasta que se le pase —dijo el enfermero, sacándola con cuidado de la silla de ruedas y pasándomela como una muñeca, una muñeca del tamaño de Nadia. No era el mismo enfermero de antes, pero bien podía haber sido el mismo. Un tipo ahí con aire socarrón, con su bata azul claro, la clase de persona que ni siquiera aparta la mirada mientras te despides de beso de tu novia.

Nos fuimos en *Shutl* para la casa, Nadia, a ratos consciente, a ratos no, mientras su cabeza rebotaba sobre mi hombro.

—¿Se me ve el pelo diferente? —preguntó en algún momento, halándolo de las puntas.

—No creo —dije, aunque, la verdad, parecía como si alguien la hubiera atacado con unas tijeras. Pero el pelo crece, pensé.



—¿A qué huele? —preguntó un poco después.

Era ella, me percaté, una extraña mezcla de olores: de cuerpo sin bañar y de perfume, ninguno de los cuales era característico de Nadia.

Cuando subimos la escalera se tropezó, giró, se sentó pesadamente y alzó el dobladillo del vestido, moviéndose en cámara lenta y con torpeza.

—¿Qué es esto? —preguntó, señalando una reciente cicatriz rosada en la rodilla, que tenía forma de interrogante, pero sin el punto.

—No es nada, dije.

—¡Mierda! —dijo un poco después, mientras pasaba la lengua por los dientes, y luego abrió la boca para mostrarme.

Vi su diente de adelante partido: un diente cuyo arreglo ya podíamos pagar.

—Ven a acostarte —le dije, ayudándola a levantarse; luego, la empujé por la espalda el último escalón, la sostuve por la cintura mientras marcaba la clave, sospechando que si la soltaba seguramente ella rodaría hasta abajo.

La llevé a la cama, le ayudé a sentarse con cuidado en el borde y a quitarse los zapatos, después cerré las cortinas.

—¿Dónde está la báscula? —preguntó.

—Tienes que descansar —respondí.

—La báscula.



Entonces la saqué de debajo de la cama, donde la había escondido, y la tomé de las manos para ayudarla a subirse.

Eché un vistazo al dial, tratando de descifrar esos números diminutos, luego me puse en cuatro de nuevo.

—Está igual —mentí.

Después nos acostamos, aún vestidos y desde atrás estreché el cuerpo de Nadia; por fin, me permití imaginar todos los lugares donde había estado sin nosotros.



Chris Killen

Nació en 1981. Tiene una maestría en escritura creativa de la Universidad de Manchester y su primera novela, *The Bird Room*, fue publicada por Canongate en 2009. *Wizard's Way*, película coescrita, producida y protagonizada por él, ganó el Premio a la mejor película de Comedia en el Festival de Cine Independiente de Londres y el Premio Discovery en LOCO. Jack Black adquirió los derechos de la nueva versión. Actualmente vive en Manchester.

Nubia Olarte

De Bucaramanga. Radicada en Bogotá, aunque no se considera de aquí ni de allá. Hija de don Max y doña Ros, hermana de R., cuñada de A. y mamá adoptiva. Especialista en traducción del Rosario —la universidad— e ingeniera civil de la UIS, o sea, diseña y tiende puentes, de concreto y de palabras. Actualmente, estudiante de Licenciatura en inglés y alumna de Mateo Cardona en el taller de traducción literaria. Traductora 8 horas y media desde 2008.

“Fear fades, but
doesn't go away.

Bridges change, once
concrete made,

Now words take
their place.”



Despegue

D. W. Wilson

Traducción del inglés de Alfonso Conde Rivera



Mi esposo tiene esta cosa con haber presenciado un asesinato. Ocurrió cuando tenía catorce y estaba de pesca en un bote de hojalata con su papá, y lo siguió durante la secundaria, su gran partida y su gran regreso, como una adicción de la que no lograba desprenderse. Solía contar la historia en un tono bajo y amenazante, entre bocados en la cena o largos tragos esas noches en las que nos aparecíamos por el bar. No muchos le creían. Incluso su papá, al final, se negó a confirmar sus sospechas, y me cuesta imaginármelo así de maltrecho, pese a todas sus riñas, peleas de bar y narices ensangrentadas.

Dom se rehúsa a ir a la cabaña de su papá por alguna oscura razón sobre la masculinidad y sobre ganarse el derecho. Un exilio autoimpuesto, supongo. Últimamente termino haciendo caminatas allá y matando los días. Llevé una vez a nuestro sobrino, pero él no es como Dom y creo que la inmensidad lo hizo sentir incómodo. Dijo que no era tan divertido sin el tío, y aunque me siento inclinada a abofetearlo, también me siento inclinada a estar de acuerdo. La verdad es que voy por nostalgia y por la esperanza de tropezarme con un esqueleto abandonado o un trapo raído de hace más o menos treinta años, por la posibilidad de entrever el persistente asombro de Dom. En cualquier caso, es una cabañita acogedora, y he llegado a agarrarle el gusto a simplemente echarme en el bote de hojalata de Dom y no hacer nada durante horas.

Supongo que las causas de la soledad son a la vez racionales y románticas. Uno nunca vería a Dom solo en un bar, pero se rompería los nudillos por mí en un segundo, y después nos inclinaríamos sobre el lavadero y le frotaría yodo en las cortadas con el pulgar. Algunas noches, arrastrando las palabras, no dejaba de hablar sobre perros ovejeros y lobos. Sus instintos sobre el bien y el mal habrían hecho de él un buen policía. Lo dejé una vez, separación total, pero Dom se apareció bajo el balcón de mi nuevo apartamento, un Romeo muy borracho. Dijo con todas las palabras que no podía cambiar sin mi ayuda. La cama, la cama está fría. De no ser por la propia soledad de mi hermano, no me lo habría tragado. Habría cerrado la puerta del patio y corrido las cortinas.

En quinto mi hermano perdió un ojo. Mi mamá tenía una fotografía de la familia en un parque de diversiones a las afueras de Calgary y en ella mi papá levanta, con una mano muy delgada, un globo en forma de espada. Todos tenemos una sonrisa enorme y ojos rojos de fotógrafo aficionado. Excepto Milo. Él tiene un ojo blanco y, según resultó, *retinoblastoma*, un tumor del tamaño de un borrador de lápiz en la retina. Mi mamá se puso como loca. Regó dos docenas de sobres repletos de fotos y tocó la cara de Milo en cada una. Fiesta de cumpleaños en la nieve: dos ojos rojos. Posando con la Copa Stanley: dos ojos rojos. Saludando a un mono: un ojo blanco. Milo no podía recordar cuándo había empezado a perder la vista, y la segunda mitad del año estuvo dedicada a sus intentos por reaprender la percepción de la profundidad. Solía verlo cerca al exterior estucado del colegio, solo, haciendo rebotar una pelota de tenis e intentando atraparla. Mis amigos lo señalaban y se sonreían, y algunas veces le preguntaban si quería jugar atrapadas, solo para salir a correr cuando él volvía su ojo bueno hacia ellos. En uno de esos momentos de franqueza padre-hijo, Milo le pidió a mi papá un telescopio para poder «simplemente mirar las estrellas». No sé qué hizo mi papá para conseguir



el dinero, pero unos meses después Milo tenía su telescopio. En ocasiones, cuando pensaba que estaba solo, lo rotaba hacia abajo para mirar a los niños en el parque, en sus casas y, al crecer, en sus carros, si se detenían en un semáforo en rojo. Mis papás no podrían haberlo sabido y yo era su hermana menor, no podía confrontarlo. Habría sido demasiado cruel delatarlo: los niños lo llamaban *Tres Ojos* si usaba gafas y *Pirata* si usaba el parche. Cuando se fue definitivamente, le estrechó la mano a mi papá, le dio las gracias por todo y besó a mi mamá en la mejilla. Luego cogió el telescopio y un fajo de billetes, y ahora vive con dos gatos con nombres ingeniosos y diseña sitios web desde casa. Sus paredes están cubiertas de coleccionables del espacio y puede parlotear por horas sobre la nebulosa del Águila. Cree en extraterrestres y probablemente en encubrimientos del Gobierno. No sé si alguna vez haya tenido novia.



Siempre supuse que la fascinación de Dom con lo que había presenciado en el lago estaba ligada de una forma incontestable a su papá, que era solo una conexión que habían formado para sobreponerse a su miedo esa noche, pero no hace mucho descubrí a Dom en el cobertizo, encorvado sobre recortes de periódico de finales de los setenta. Tenía artículos clavados a un pedazo de tríplex y la forma en que mascullaba para sí mismo era lo suficientemente espeluznante como para hacer que me saltara el corazón.

Después de que sus viejos se divorciaron, Dom y su papá iban a pescar truchas cada dos fines de semana. Su papá había construido la cabaña con sus manos y se ladeaba como si la empujara un fuerte viento (su papá era golpeador de estaño, no enmarcador). Nadie se había molestado en terminar el interior, por lo que el poliuretano colgaba como piel suelta. Entonces, tal como él lo cuenta, una noche en el lago escucharon gruñidos y vapuleos, y vieron a dos hombres arrojar algo pesado al agua. Chocó contra la superficie y los hombres se limpiaron las manos en los pantalones como niños. Intercambiaron miradas; ¿qué acerca con más fuerza a dos personas que el temor a que las atrapen? La imaginación de Dom se colmó, pues por esos días las noticias eran todo *Summer of Sam*, pelucas rubias vendiéndose por docenas y asesinos sueltos. Asustados y sin palabras en la banca de su bote, con un remo limoso sujetado con fuerza unas pulgadas por encima del agua, el horror de Dom se convirtió en curiosidad, alzó el remo y se negó a irse. Es en este punto en el que su papá se inclina hacia él y susurra: *Escucha, Dominick, lo más probable es que sea solo una cierva preñada.*

Dom dice que para ese momento ya no importaba cuánto le endulzaran el oído, nada habría podido convencerlo de eso. No solo tenía ahora una historia entretenida para sus amigos, sino que la historia hacía que todo ese pequeño pueblo cobrara vida. De repente las



personas podían ser asesinas. Solía husmear con algo más que simple curiosidad ociosa. En el Datsun de su profesora de inglés descubrió una carta que decía que corría el riesgo de perder su trabajo. Con unos binoculares vio a sus vecinos cuidar algunas plantas de marihuana ocultas entre su enorme jardín. Una vez, en una fiesta que se hizo en una casa, confrontó a un muchacho de la zona del que descubrió que era un pedófilo. A Dom se le habían caído unas monedas por el ducto de un calentador y al intentar alcanzarlas terminó con unas fotografías perturbadoras. Era Año Nuevo. Se había acabado de fumar su primer porro y un par de chicas le estaban echando el ojo. Tenía dieciséis y estaba caliente, pero no importaba. Las cosas se pusieron pesadas. Una docena de tipos se arremangaron y Dom señaló las fotografías, los llamó a todos pervertidos y reventó una botella contra la pared más cercana.

Esa noche, en el lago, Dom y su papá remaron de regreso a la cabaña. Tenían una red con truchas y al viejo Crane le gustaba freírlas antes de acostarse. Dom ató el bote a un pino ennegrecido que un rayo había partido en dos el verano anterior. Arrastró el pescado tras él e hizo la pregunta ocasional: ¿podría haber sido un cuerpo? ¿Quiénes eran esos tipos? ¿Deberíamos ir a la policía? Su papá le dijo que cargara los pescados o que se los pasara, porque no quería comer tierra. Así que Dom los cargó, su baba extraña se le pegó entre las uñas y por accidente se la pasó por el pelo. Su papá se rio como un gong.

Dom pensó en ese momento que su papá estaba tratando de calmarlo. Reflexionó sobre el agitado lanzamiento. Luego, en la cabaña, su papá quema el primer pescado —olvidó engrasar la sartén— y manipula con torpeza la espátula. Dom siente un tufillo que proviene de su papá: agrio, no como de olor corporal, sino de miedo, tan tangible que se le pega a la lengua como si fuera pelo. Más tarde, los dos tipos que habían visto en el lago se aparecen y



su papá les da cerveza y pescado mientras Dom se esconde bajo su cama y se aferra a una maleta de lona como un cachorro. Esta, me parece, es la raíz de la soledad de Dom, pero nunca me la ha explicado del todo. No creo que pueda. Si tuviera que adivinar, diría que tiene algo que ver con hacer lo que uno predica, pero era tan solo un niño.

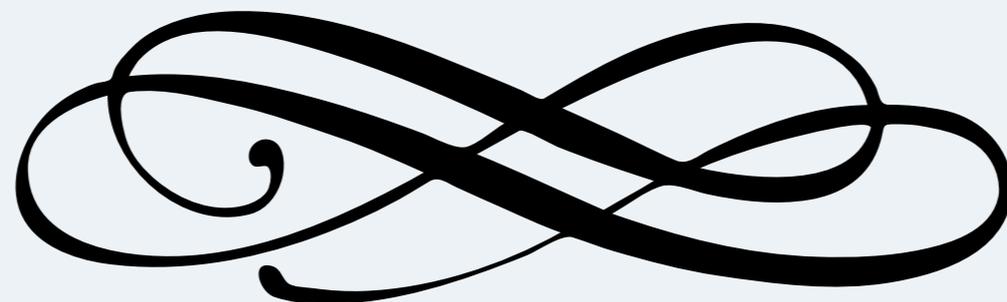
En una discusión Dom va a crecerse y te va a ver como alguien que necesita protección. Esa es su naturaleza y explica su postulación a tres fuerzas policiales diferentes, pero me pregunto si puede dar cuenta de la tendencia de su infancia a verse como alguna clase de detective. Verás, lo que ocurrió en el lago no era la única conspiración masiva que le había acelerado el corazón. La primera de todas las peleas de Dom fue en quinto con un niño llamado Jarod. Dom atrapó a Jarod revolcando los almuerzos de todos mientras el curso estaba afuera en gimnasia. Jarod crecería hasta llenarse la cara machacada con Skoal y golpear a su esposa, pero aun a los diez años tenía pose de oso pardo. Dom dice que sintió una rabia efervescente, una presión en la base de la garganta. Y de repente recuerda una línea de macho que había oído en televisión sobre el mal y la gente buena que le hace frente. El primer puñetazo de Dom. A Jarod le quedó un ojo morado. Todo terminó en menos de un minuto —un profesor los descubrió— pero el sentido de rectitud perduró. Temo que nunca va a irse.

Quizás uno podría echarle la culpa del complejo de héroe de Dom a la época, EE. UU. lamiéndose las heridas, cómics y los letales rusos despreciados entre susurros. El Capitán América resurgió, Batman, un centenar de campeones diferentes vestidos con licra en la televisión todas las noches. Bruce Lee muere y los varones adolescentes de todas las generaciones lloran su deceso. O quizá sea solo el drama y el tedio a los que tienes acceso al ser el hijo de un obrero en un pueblo pequeño, la horrible banalidad de todo. Solía desestimar por comple-



to las quejas de Dom, pero he cambiado de parecer. Este pueblo, Invermere, no era entonces un lugar tan popular para ir de vacaciones. Fragmentó su familia. Dom se metió en demasiadas peleas. Su papá lo alentaba y contaba las historias en el trabajo. Nathan Crane, el trabajador a brazo partido por excelencia, de repente se sentía orgulloso. *Mi chico, mi chico les dio una paliza a esos dos idiotas.* Entonces la hermana de Dom quedó embarazada del mismo pervertido que él había retado: una enorme conspiración develada. Ella tenía catorce. Y así como así, Nathan Crane pasa del pecho inflado al rostro pálido, y no más historias rudas durante los sándwiches de mantequilla de maní.

Por años, Dom buscó un cuerpo en la cabaña. Hasta que cumplió dieciséis, lo más cerca que llegó a estar de encontrar una pista fue una manga teñida atrapada en la corteza de una rama que la corriente había arrastrado. Él y su papá estaban de pesca como de costumbre. Su papá había desarrollado la tendencia a rascarse la sien una y otra vez, y un parche de piel roja y escamosa del tamaño de una tapa de botella se extendía detrás de su oreja derecha. Dom lucha con el carrete. Su papá clava los ojos arriba, en el inmenso vacío del cielo crepuscular. Un pez chapotea, quizás un búho ulula. A lo lejos, la luz agonizante graba un halo alrededor de las montañas Purcell. Entonces Dom ve ese pedazo de tela flácida enganchada en una rama que arrastraba la corriente y grita. Su papá se sobresalta como una de esas viejas podadoras. Reman hacia él y Dom lo alza con la caña de pescar, sus ojos mara-



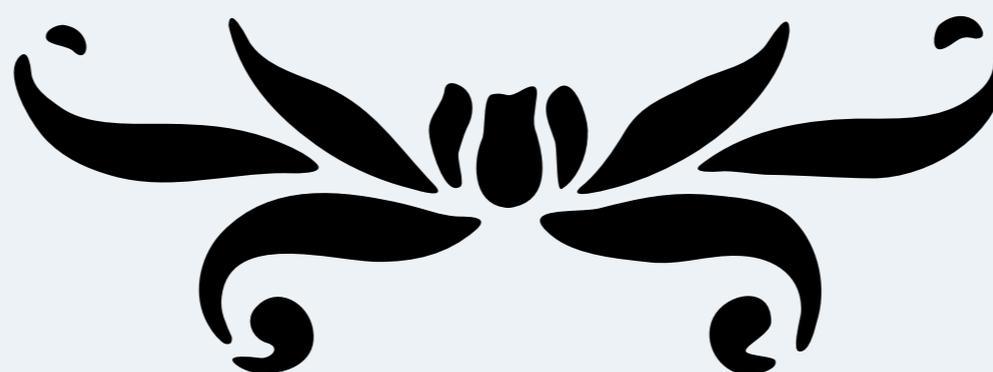
villados, al fin un acto de Dios. Evidencia, proclama. ¿De qué?, pregunta su papá, pero Dom está demasiado asombrado para escuchar lo que dice. Su papá se sienta en la banca, los nudillos en la mejilla, totalmente insatisfecho. Cualquiera podía darse cuenta.

Menos de un año después de que naciera su nieto, Nathan Crane vendió la mitad de la propiedad de la cabaña, renunció a su trabajo y creó Crane Heating. Aún pescaban cuando podían, pero el papá de Dom apenas sacaba tiempo en el día para preparar una comida. Intentaron hacerlo un fin de semana al mes. Una vez, su bote de hojalata encalló y pasaron dos fines de semana reparándolo. Dom estudió a su papá al otro lado del bote estacionado, la forma en que presionaba la lengua contra los dientes inferiores, la forma en que todas las arrugas se le amontonaban como virutas de metal donde los labios tiraban con fuerza. Ahí había un hombre que solo sabía cómo trabajar. Ahí había un hombre que necesitaba protección.

Dom tiene ese elemento de *la-cosa-es-primero-conmigo* en su carácter. Busca minuciosamente ofertas de empleo en las páginas de inicio de la policía y cuando hay una disponible habla con entusiasmo sobre sus posibilidades. Puedes ver al detective adolescente, el perfecto Hardy Boy. Me lo imagino con todo el atuendo, los puños hechos añicos y la quijada torcida, los pulgares enganchados en el grueso cinturón, una placa. Y entonces recuerdo la resolución de su infancia de enfrentar a los *tipos malos*. Adorable, hasta que te das cuenta de a cuántas personas tu esposo podría tener que defender; no tiene ninguna gracia esperar hasta la madrugada para verlo tambalearse hacia la casa con los nudillos ensangrentados. Créeme, estos fines de semana no son todo relajación y brisa de montaña. Algunos días floto afuera en el agua y bebo un poco. Ya varias veces he tenido que desembarcar en la orilla más cercana para poder perder el conocimiento en tierra firme.



Durante los últimos dos años de Dom, empezaron a llamar a su papá del colegio cada vez que había una pelea. Su papá se apoyaba con los brazos cruzados contra el marco de la puerta del director y asentía secamente. El director era un hombre bajito y arrogante que según Dom usaba licra con más frecuencia de la que debía. Tenía una placa de escritorio que, en dorado, decía: *Mr Greene*. La lectura que hacía Greene de las situaciones involucraba a Dom como el proverbial alborotador, que cazaba peleas con niños rectos y pulcros, pero el papá de Dom trabajaba con, o cerca de, los padres de esos chicos y sabía qué tipo de personas eran. Después de que Greene terminaba de predicar, Dom y su papá se montaban en una vieja camioneta Chevy y su papá bajaba un dedo la ventana y encendía un cigarrillo con un fósforo. Nathan Crane fumaba DuMaurier Originals y Dom cerraba los ojos, la cabeza contra el asiento, para disfrutar el primer aroma fresco del cigarrillo. Conducían rodeando el lago, el camino largo a casa, y hablaban: un comentario corto y entrañable sobre el pequeño pueblo a su alrededor. Creo que llegaron a apreciar esos recorridos en camioneta tanto como los viajes de pesca, aunque Dom nunca lo admitiría. Él fuma DuMaurier Originals; anda ahora a decirme que es coincidencia.





Dom vivía con su madre y su *compañero*, un hombre llamado Jeff que se vestía como Santa para Halloween. En esa época su papá lo llevaba hasta la casa, Dom se bajaba de la Chevy y lanzaba una larga mirada a la puerta del frente, una larga mirada de vuelta a su papá. Nathan apenas vivía en un espacio de una habitación, pero no era como si Dom no hubiera pasado una noche en el sofá, no era como si no pudiera pasar todas las noches en el sofá. Todo continuó así. Dom, Nathan, puerta del frente, una rotación de miradas. Luego Dom daba las gracias, se colgaba la maleta en el hombro y se escabullía por la puerta lateral. Cuando cuenta esta parte de la historia, Dom añade que no miró hacia atrás ni una sola vez. No creo eso en lo más mínimo.

De niño, Dom no era muy elocuente. Eso definitivamente no ha cambiado. Nunca le dijo a su papá con cuánta obstinación creía que habían visto cómo se deshacían de un cuerpo, cuán seguro estaba de una gran conspiración entre sus compañeros de clase y sus padres. En su último año, una familia de pueblerinos blancos, los Jackson, salió a decir que su hijo había estado desaparecido por cuatro años. Prácticamente nadie podía entender por qué les había tomado cuatro años reportarlo, mucho menos los policías. Dom escuchó las noticias cuando el periódico local, el *Valley Echo*, publicó un insólito artículo de fin de semana escrito por el sargento de policía. Las probabilidades de encontrar al chico, decía el artículo, eran en esencia nulas.

Dom leyó el artículo dos veces. La adrenalina lo golpeó como una revelación. Con un ejemplar del *Echo* bajo el brazo corrió a la casa de su papá para entregarle la evidencia y exigirle que buscaran restos en el lago de la cabaña. Nathan se veía intimidado. Dom aseguró que lo había sabido desde el principio —ellos lo habían visto, tenían que ir a la policía—,

y luego, para su propio horror, que su papá había cometido un grave error esa noche. Acusó a Nathan de estar asustado.

Nathan retrocedió y se dejó caer en cámara lenta en una silla de cocina, de ese modo en el que un hombre lo hace cuando los eventos que ha evitado por mucho tiempo finalmente lo alcanzan. Por primera vez, Dom le echa una buena mirada a su papá, como adulto, y no ve más que un hombre que se ha matado trabajando por demasiado tiempo en proyectos que no significan nada.

Todas esas arrugas, las cicatrices y las cortadas, la rodilla subluxada, la tos flemosa; todos esos secretos reprimidos. Su papá estaba enfermo, así como lo estaba Invermere en su totalidad. Nathan se chupaba los dientes, con una mirada como de viva venganza en los ojos. Reventó una taza de café contra la pared que salpicó el empapelado a rayas. Dom se quedó allí de pie un instante, antes de que la adrenalina corriera y todo se volviera una mala idea. Huyó.

Tengo cinco años menos que Dom. Me crie en Saskatoon. Su juventud transcurrió en un mundo aparte —los embarazos de la secundaria, esa tensión entre los pueblerinos blancos y los obreros—, pero ambos tenemos una idea de lo que es no contar con nadie a quien confiarle algo. Los dos conocimos el temor y la fatiga asociadas a vivir en un mundo aislado. Para mí era mi hermano y para Dom ese lago de la cabaña, y para ambos esa extraña sensación de que entendíamos algo que el resto de nuestra familia no. Soy la única que llegó a atrapar a Milo fisgoneando. Dom es el único que honestamente creía haber presenciado un asesinato. Cuando Dom y yo nos conocimos estábamos saliendo a tropezones de vidas de abyecta soledad, y creo es este simple compañerismo lo que nos permitió sobrevivir. Esa es la razón por la que volví con él. Somos los únicos que nos podremos entender. Somos code-



pendientes. Pero recientemente todo se ha ido al diablo. Él está paralizado. Y además está este volver a volcar los eventos de esa noche, esos años que siguieron, como si no solo hiciera duelo por nuestra relación sino por todos sus años de bachillerato, la conspiración que no logró destapar. He intentado llevarlo de vuelta a la cabaña, pero me rechaza de plano. Algunas noches me siento tentada a subirme a mi Ranger y no mirar atrás.

En sus últimos meses de colegio Dom hizo lo que hacen todos los chicos de los pueblos pequeños. Presumió dando vueltas por la vía principal de Invermere e instaló un kit de elevación en su Dodge. Fue a fiestas y se pegó borracheras con Alberta Premium Pure y pacas de Kokanee. En un campo de plantación de árboles en West Kootenay fumó hierba y se despertó desnudo junto a una chica que le parecía bonita. Sintió la euforia que te da al acelerar para pasar antes que el tren por el cruce para carros. Se graduó con notas decentes, contempló la idea de la escuela de oficios y la ciudad, y en algún punto entre la confusión de las palabras de despedida y los diplomas se olvidó del lago y del oscuro secreto que albergaba.

El *Valley Echo* publicó una historia sobre unos fémures y una mandíbula inferior que se habían encontrado a docenas de kilómetros por el río Sevenhead. Aunque se requeriría una investigación forense, decía el artículo, la policía confiaba en que esto pondría fin a cualquier sospecha con relación al niño Jackson desaparecido. Dom dice que el artículo lo hizo tomarse una botella de whisky solo. Para él, la posibilidad de que algo podrido hubiera ocurrido en la cabaña siempre había sido lo último que quedaba entre este pueblo y la ausencia total de significado. Ese ajetreo de miembros, el chapoteo de carne. Nadie le creyó siquiera.

A fin de año, después de haber terminado el colegio, Dom condujo con unos amigos a las graveras en las que los obreros del valle hacían su fiesta anual de barriles de cerveza. Había





una fogata que ardía con las cajas de las pacas de cerveza y todos se habían aparecido: enmarcadores, instaladores de *drywall* dopados, incluso el electricista con la novia escandalosa que con los pechos les echaba a los tipos tragos en la boca. Entonces llegó un Chevy aporreado mascando gravilla y su papá se bajó, con dos paquetes de seis Jim Beam acunados como un bebé. Dom nunca había visto a su papá en una obra, pero la multitud le dio la bienvenida con una ovación. Su papá lo saludó agitando la mano sin mucho entusiasmo, Dom asintió y la fiesta los consumió a ambos. En algún momento mientras todo ocurría, su papá salió tambaleándose del foco de atención y se sentó con Dom en la plataforma trasera de su pequeño Dodge, a la que le dio unas palmaditas, como lo haría uno con un buen perro. Ambos se encorvaron, con las muñecas en las rodillas. Por media hora o más simplemente bebieron, señalaban cosas y sonreían. Sin hablar. No habían ido a pescar en meses.

Cuando Nathan habló, Dom se sacudió como si lo hubiera picado un tábano.

Supongo que podríamos ir a echar un vistazo, dijo su papá.

Ya no creo que tenga sentido, Dom se escuchó a sí mismo admitir.

No estoy seguro de que alguna vez lo haya tenido, hijo.

Dom no tenía nada más que decir. Brindó con su papá, se subió de un salto al Dodge, condujo hasta la casa y se perdió los grandes eventos de la fiesta: el hijo del predicador se prendió fuego con whisky casero; unos pueblerinos blancos arrojaron un carro destartado por el acantilado; los plomeros empezaron una pelea sin cuartel con los electricistas; y en las horas carmesís, cuando el sol llegó a la cima de las Rockies, encontraron el rostro de un viejo golpeador de estaño en una zanja con puñaladas en las tripas.

A las tres del día siguiente Dom besó a su madre, que lloraba, y salió hacia las graveras. Ese es un viaje largo y sinuoso. La carretera se vuelve grava, luego tierra, en todos lados los árboles se inclinan hacia adelante y es imposible saber qué tan lejos has llegado. A veces, ni siquiera puedes ver las montañas, y en cualquier momento acabas arrollando venados, coyotes a los que les han disparado y animales atropellados demasiado lentos o estúpidos para escapar a tiempo a los arcenes. Dom no puede recordar lo que sintió durante esos treinta y cinco minutos, o qué canciones sonaban en la radio, o si llovía, estaba nublado o resplandeciente. Pero por Dios, no es difícil de imaginar. Tenía dieciocho. Cuando llegó, los policías habían levantado una barricada, pero lo dejaron pasar; era en Invermere, después de todo. Y allí, en la berma, Dom encontró los matorrales manchados de sangre y el contorno de tiza, y se preguntó por lo último en lo que su papá habría pensado y si finalmente había creído en una gran conspiración.

He estado aquí afuera en el lago por lo que ya parecen años. El agua es fría y quieta. Este verano no hay muchos mosquitos, pero unas avispas del tamaño de un pulgar se arrastran por el aire como zombis. He registrado de arriba abajo este lago, la orilla y los ríos que llegan y salen de él. Todo parece incapaz de esconder los restos de un humano. Espero aquí en el lago como una mujer que castiga a un hombre. Remo alrededor de los saltos de los acantilados, veo adolescentes que hacen salpicar el agua veinte pies en el aire y me siento aquí en este bote, solemnemente, meditando sobre los secretos que cada uno de nosotros desentierra en su camino.





David William Wilson

Nació en 1985 en Cranbrook, British Columbia. Estudió escritura creativa en la Universidad de Victoria y en la Universidad de East Anglia. Es autor de la colección de relatos *Once You Break a Knuckle* y de la novela *Ballistics*. En 2011, fue ganador del BBC National Short Story Award por su relato *The Dead Roads*. En 2015, con *Mountain Under Sea*, ganó el premio de relatos CBC Canada Writes y, en 2016, ganó el Manchester Fiction Prize por su relato *All This Concrete Beneath Your Feet*.

Alfonso Conde Rivera

Nació en Barranquilla en 1983. Doctor en filosofía de la Universidad Nacional de Colombia y miembro de ACTTI. Se ha desempeñado como docente e investigador, en el área de filosofía del lenguaje, y como traductor literario y académico del francés y el inglés al español. En 2020, fue ganador de la beca de traducción del Instituto Distrital de las Artes (IDARTES), en la categoría Francés, por su traducción de *Un cœur simple*, de Gustave Flaubert.

La mesera

Robert Coover

Traducción del inglés de Guillermo Balseiro

—Oye cariño, buenas pompas —dice el taxista de ojos tristes que está sentado frente al mostrador de la cafetería nocturna, mientras rumia una dona en sus cachetes sin afeitar.

La mesera lo mira con furia. Está harta de que la morboseen, o de que se queden mirándola con asco, cada vez que se agacha a recoger un limpión.

—Si una cabra entrara, morbosearían a la cabra y le dirían las mismas pendejadas —le dice a la vieja vagabunda que está cerca a la registradora, y a quién le ha regalado un tazón de sopa caliente—. Me tienen enferma. Desearía que nadie más pudiera mirarme.

La vagabunda resulta ser un hada madrina disfrazada y, en agradecimiento por la sopa, levanta su cuchara como una varita y le concede a la mesera su deseo, así que cuando trata de pasarle la cuenta al taxista, la cabeza se le tuerce bruscamente sobre el cuello bovino. ¿Acaso no quiere la cuenta? La mesera se mueve justo frente a sus ojos y su cabeza vuelve a torcerse en dirección opuesta.

—Virgen Santísima, eso dolió —se queja.

Ella le echa un vistazo a la vagabunda, pero la dulce ancianita ha desaparecido.





De ahí en adelante, la gente aparta la vista: simplemente no pueden evitarlo. *Suas, suas, suas*, la cabeza se les tuerce cuando ella pasa. A veces algunos sueltan griticos, lo cual la divierte aun más. Le gusta pasear por almacenes llenos, parques de la ciudad y estaciones de tren en hora pico, mirando las cabezas que chasquean al unísono. A veces, solo por diversión, se quita la ropa, recordando la emoción que sentía de niña al desvestirse frente a la ventana de su cuarto, pero entonces, al ver su reflejo en una vitrina —los maniquíes la miran fría, fijamente— se da cuenta de la gorda ridícula que es y deja de hacerlo.

En la cafetería, su jefe, con la cabeza torcida, le entrega unos pocos billetes sueltos y le dice que literalmente se ha vuelto un dolor en el cuello: los clientes se quejan, tendrá que irse. Esto le trae a la mente todas esas advertencias sobre tener cuidado con lo que se desea. Así que, sin trabajo, se va a un bar a emborracharse cuanto puede con la liquidación que le dio el chichipato de su jefe, con el deseo de encontrar a alguien a quien contarle cara a cara todos sus problemas. Fuera del bar, se tropieza con un tipo que sí se queda mirándola, un pordiosero barbudo, despatarrado contra el edificio, aferrado a una bolsa de papel café y a una taza de latón. ¿Se acabó el hechizo? No, se da cuenta de inmediato: es ciego. No está segura pero quizá se gastó un segundo deseo porque, al mirar sobre su hombro, ve la espalda de la anciana vagabunda que se tambalea al doblar la esquina.

Se lleva al mendigo ciego a casa, como si se lo hubiera ganado en una rifa. Lo alimenta y lo baña, y la pasan bien por unas horas. *Abundante* es su veredicto favorable luego de hacer eso del Braille. Pero luego tiene que pensar en lo que está por venir. No tiene trabajo y ahora son dos bocas que alimentar, dos cuerpos que vestir y cuidar. La taza de latón estaba vacía, la botella en la bolsa de papel café también: su camino, como el de ella, no va a ninguna parte. Tal vez

esa anciana vagabunda los ayude, si logra encontrarla. Ya ha usado dos deseos y pues, bueno, prácticamente los ha malgastado, pero, si los cuentos son ciertos, todavía le queda uno. Si encuentra a la vagabunda, tendrá que ser cuidadosa, dado el retorcido sentido del humor de la anciana. El deseo de vivir para siempre, por ejemplo, podría ser una mala elección, de pesadilla. ¿Para qué desear belleza, si nadie puede verla?, ¿o perfecta salud si estaba condenada a la pobreza? Así que decide desear una riqueza fabulosa, y se lo sigue repitiendo, para que no se le salga una estupidez y termine como esa pareja que deseaba convertir sus narices en morcillas.

Vigila las calles cerca a la cafetería donde la vio por primera vez, repitiendo su deseo de fortuna una y otra vez, pero la vagabunda no aparece por ningún lado. Al cabo, se rinde y más bien va a gastarse sus últimos billetes de la mejor manera posible en una licorería, y pasa por un banco que, por pura casualidad, están robando. Las cabezas de los ladrones se tuercen tan bruscamente cuando se apuran a salir por la puerta del banco y se topan con ella que se tropiezan y, al tirar lo que llevan, lo riegan por la calle. Suenan sirenas, los ladrones se escapan, y el dinero, por montones, está allí para tomarlo. Ni siquiera ha tenido que malgastar un deseo. Por el contrario, luego se da cuenta de que lo ha usado. En algún lugar, la vieja bruja se está burlando otra vez. Si la mesera agarra el botín, estará en todas las listas de los más buscados; pero si lo deja ahí, habrá malgastado su último deseo como una atolondrada. Echa un vistazo y nota cómo las cámaras de seguridad cuelgan de sus cables tras voltearse para no verla. Nadie va a echar de menos un puñado de billetes desparramados, pero un puñado no fue lo que ella deseó. Si diera un mordisquito, estaría en más problemas que si se llevara todo.

Un par de bolsas grandes y mugrientas llegan flotando con una brisa repentina, bailando al son del llanto de las sirenas. La vagabunda aún vela por ella. O la toma del pelo. Llena



las bolsas, pero aún sobra dinero. Su falda y blusa e interiores pueden amarrarse como bolsas, así que se los quita, los anuda, y los rellena también. Ahora tiene mucho más de lo que puede arrastrar a casa por sí misma, pero cuando intenta parar un taxi los conductores no pueden verla: para lo que hay que ver. Por suerte, encuentra a un tipo durmiendo en su taxi estacionado. ¿Acaso deseó eso? Parece ser el mismo pendejo sin afeitarse que estaba en la cafetería la noche en que todo empezó. Lanza las bolsas de dinero sobre el asiento trasero, se trepa junto a ellas y le da su dirección al conductor, quien despierta con un ronquido. Él intenta ver qué trae consigo, pero su cabeza sigue rebotando hacia otro lado.

—Ay, no —gruñe, tratando de abrir la puerta.

—¡Espere! —dice ella, y le tira un fajo de billetes en el asiento de al lado.

Probablemente es más plata contante y sonante de la que ha visto en toda su vida. Con un silbido de agradecimiento, cierra la puerta y le pide de nuevo la dirección. Es difícil llegar allá. Al mirarlos, las cabezas de otros conductores se tuercen para otro lado, y hay accidentes a lo largo y ancho de la vía. El suyo evade, esquiva, madrea.

—Oye, es un mundo peligroso —dice ella, acuclillándose detrás del asiento delantero para facilitarle la tarea, y él suelta una risa amarga.

En casa, se las ingeniará para meter las bolsas de algún modo, luego pedirá una pizza a domicilio y uno o dos petacos a la licorería, pondrá algo de música y bailará con el pordiosero ciego toda la noche. No será exactamente el *vivieron felices por siempre*, pero la vagabunda nunca le prometió eso.



Robert Coover

Escritor estadounidense nacido en 1932 en Charles City, Iowa. Graduado de Estudios eslavos en la Universidad de Indiana, con un Máster en humanidades de la Universidad de Chicago. Docente en Princeton y Brown. Coover es considerado un pionero en literatura electrónica (*Electronic Literature Organization*), así como experto en fábula y metaficción. Entre sus trabajos se destacan cuentos, obras de teatro y novelas que le han hecho merecedor de galardones como el *William Faulkner Foundation Award* y el *Academy Award of the American Academy of Arts and Letters*. Su libro más aclamado es *The Public Burning*, un retrato caricaturesco de Richard Nixon.

Guillermo Balseiro Barrios

Cartagenero, modelo 87. Tutor, traductor e intérprete (inglés-español y viceversa), e ingeniero de alimentos de la Universidad de Cartagena. Con más de 8 años de experiencia y un interés especial por las metodologías para la preparación de exámenes de certificación y la investigación científica (Joven Investigador Colciencias 2009-2010). Su trayectoria en traducción ha sido en su mayor parte técnica: documentación sobre salud (vapeo y vacunación) y alimentación (cereales y bebidas). Su pasión por el trabajo en textos literarios comenzó en los cursos de la Universidad Nacional, que realizó entre 2016 y 2017, y ha florecido como miembro, desde 2018, del colectivo *Barbárika*.



La cima de la cadena alimenticia

T. Coraghessan Boyle

Traducción del inglés de María Cristina Leyva Isaacs



El asunto es que allá tuvimos un problemita con el insecto vector, y créanme, las sustancias menos tóxicas, el Malatión y el piretro y el resto de los llamados productos seguros con el medio ambiente no le hicieron mella, ni poquito; quiero decir que fue totalmente inútil; para esa gracia habríamos podido rociar Chanel No. 5. Y tengan en cuenta que estas personas estaban literalmente cubiertas de insectos día y noche, y el hecho de que a duras penas llevaran ropa solo agravaba el problema. Caballeros, imagínense si pueden a un niño de dos años, desnudo, tan cubierto de moscas y mosquitos que pareciera llevar calzoncillos largos, o a la joven madre tan agobiada por los escalofríos de la malaria que ni siquiera puede llevarse una Coca-Cola *light* a la boca; era patético, simplemente patético, como salido del Medioevo... Bueno, de todos modos, se optó por el DDT a corto plazo, solo para controlar la situación, ustedes me entienden.

Sí, así es, senador; *DDT*: dicloro-difenil-tricloroetano.

Sí señor, estoy muy consciente de eso. Pero el hecho de que *nosotros* lo hayamos prohibido dentro del país bajo la presión del contingente de observadores de pájaros y de los hippies de la EPA no significa necesariamente que el resto del mundo, especialmente los países *en desarrollo*, esté a punto de subirse al tren. Y esas son las palabras clave aquí, senador: *en*

desarrollo. Dese cuenta de que aquí hablamos de Borneo, no de Port Townsend o Enumclaw. Esta gente no sabe ni lo básico de saneamiento, control de enfermedades, erradicación de plagas: ni siquiera de higiene personal, si quiere ir directamente al grano. Lluve un mínimo de 120 pulgadas al año. Desentierran raíces en la jungla. Por Dios, todavía tienen cazadores de cabezas a lo largo del río Rajang.

Y por favor, no olviden que nos *pidieron* que fuéramos allá, prácticamente nos suplicaron; no solo la Organización Mundial de la Salud sino también el sultán de Brunei y el gobierno de Sarawak. Hicimos lo que pudimos para tenerlos en cuenta y alcanzar nuestro objetivo en el menor tiempo posible y con los recursos más a la mano y eficientes. Lo hicimos por aire, desde luego. Y nadie podía prever las consecuencias, nadie, ni aunque hubiéramos emitido un centenar de comunicados de impacto ambiental; solo fue algo que pasó, un fenómeno inusitado, y no hay nada que hacer al respecto. No que yo sepa, en cualquier caso...

¿Gusanos? Sí, senador, así es. Esa fue la primera señal: gusanos.

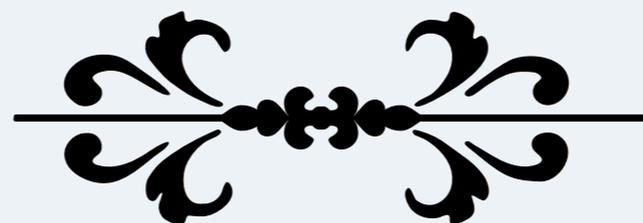
Pero aquí, si me permite, voy a recapitular un minuto. Verá usted, allá en el monte tienen estos techos de hojas de palma; también los encontrará en los pueblos, incluso en Bintulu o Brunei; y funcionan muy bien, se sorprendería. Ciento veinte pulgadas de lluvia, tienen que ingeniárselas para mantenerla fuera de las chozas, y durante siglos ha sido así. Hojas de palma. Bueno, fue como un mes después de que fumigáramos por última vez: estoy sentado en mi escritorio en el remolque pensando en el proyecto de drenaje en Kuching, disfrutando del hecho de que tal vez por primera vez en un año no tengo la nuca embadurnada de mosquitos, cuando tocan a la puerta. Aparece este anciano caballero, tatuado de pies a cabeza, vestido solo con un par de pantalones cortos: les encantan esas pantalonetas, por cierto, de



material brillante y respunteadas a máquina; todo el país, hombres y mujeres y niños, no se cansan de ellas... En todo caso, es el jefe de la aldea local y está muy alterado, algo acerca de los techos, ellos les dicen *atap*. Es todo lo que puede balbucear, una y otra vez, *atap*, *atap*.

Está lloviendo, por supuesto. Siempre está lloviendo. Así que me enfundo en el impermeable, enciendo la 4 x 4 y voy a echar un vistazo. Como era de esperarse, todos los techos *atap* se están derrumbando, no solo en su aldea, sino en toda el área de influencia. La gente está toda amontonada allí con sus pantalonetas, con un aspecto bastante abatido, y uno tras otro los techos se siguen cayendo. Es desconcertante, y poco a poco me doy cuenta de que la diatriba del jefe ha empezado a incluir un término nuevo con el que no estaba familiarizado en el momento: la palabra resulta ser gusano, según el dialecto Iban. Pero, ¿quién iba a establecer una relación entre tres pasadas de la avioneta de fumigación y todos estos techos desfondados?

Por fin, un par de semanas después, nuestra gente lo resolvió. El químico, que, por cierto, redujo el número de mosquitos en forma exponencial, tuvo el infortunado efecto secundario de matar a esa avispa —tengo el nombre científico en algún lugar de mi informe, si le interesa— que se alimentaba de un tipo de gusano que a su vez comía hojas de palma. Bueno, sin las avispas, los gusanos se incubaron sin nada que los mantuviera a raya y se devoraron los techos, y eso fue fatídico, lo admitimos, y tuvimos un auténtico sobrecosto al reemplazar esos



techos por hojalata... Pero, creo que a la larga la gente estaba más contenta porque, admítamoslo, no importa cuán apretado sea el tejido de esas hojas de palma, simplemente no van a repeler el agua como la hojalata. Por supuesto, nada es perfecto, y tuvimos muchas quejas sobre la lluvia que golpeaba las tejas, que la gente no podía dormir y lo que se pueda imaginar...

Sí, señor, así es, después llegaron las moscas. Bueno, tiene que entender la magnitud del problema de las moscas en Borneo, aquí no hay nada con que compararlo, excepto quizás una huelga de basuras en Nueva York. Cada minuto de cada día, hay moscas por todas partes: en la nariz, en la boca, en los oídos, en los ojos, en el arroz, en la Coca-Cola, en el *Singapore sling* y en la *gin rickey*. Lo suficiente para enloquecerse, sin mencionar las enfermedades que estas cosas transmiten, desde la disentería a la fiebre tifoidea, al cólera y de vuelta al círculo otra vez. Y una vez que la población de mosquitos disminuyó, las moscas parecieron reproducirse para llenar el vacío; Borneo no sería Borneo sin algún maldito insecto que ennegreciera el aire.

Por supuesto, esto fue antes de que nuestra gente hubiera rastreado el problema con los gusanos y las avispas y todo eso; y, como creímos que habíamos tenido un gran éxito con los mosquitos, por qué no hacer una serie de barridos sobre el terreno, montar un aspersor en la parrilla de una Suzuki Brat y fumigar las chozas, por no mencionar las alcantarillas abiertas, que como usted sabe no son más que un criadero de moscas, niguas e insectos picadores de todo tipo. Al menos fue un error de acción y no de omisión. Al menos lo intentábamos.

Yo mismo vi caer las moscas. Un día había una capa tan espesa en el remolque que ni siquiera podía *encontrar* mis papeles, y mucho menos ubicarlos; y al día siguiente se estaban



acumulando en las ventanas, dando vueltas como si estuvieran borrachas. Un día después se habían ido. Así no más. De un millón de moscas en el remolque a ninguna...

Bueno, nadie podría haber previsto eso, senador. Sí, las salamanquejas se comieron las moscas. Todos ustedes están familiarizados con las salamanquejas, ¿supongo, caballeros? Son las lagartijas que han visto durante sus viajes a Hawaii, muy coloridas, rondando las casas en busca de cucarachas y moscas, casi como mascotas, pero por supuesto son animales salvajes, nunca pierdan de vista eso, y casi tan antihigiénicas como cualquier otra cosa que se me ocurra, excepto quizá por las moscas.

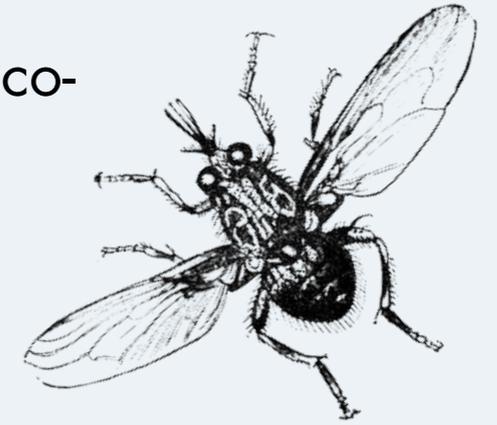
Sí, bueno, no olvide, señor, que estamos viendo esto en retrospectiva, pero en ese momento nadie pensó en las salamanquejas o en lo que comían: eran solo otro hecho de la vida en el trópico: mosquitos, lagartijas, escorpiones, sanguijuelas o lo que sea, lo tienen. Cuando las moscas comenzaron a amontonarse en los alféizares como a la deriva, desde luego las salamanquejas se dieron un festín con ellas, llenándose hasta parecer salchichas que se arrastraban por las paredes. Donde antes se movían tan rápido que nunca se podía estar seguro de haberlas visto, ahora se tambaleaban por el suelo, se echaban en las esquinas, se aferraban a los ductos de ventilación como imanes, y aun así nadie les prestó mucha atención hasta que empezaron a aparecer patas arriba en las calles. Créame, confirmamos un montón de cosas sobre la acumulación de estos productos conforme se asciende en la cadena alimenticia y la eficacia, o falta de ella, de ciertos métodos, no hay duda al respecto...



¿Los gatos? Ahí es donde la cosa se puso peliaguda, realmente peliaguda. Ya ve, en realidad nadie perdió el sueño por un montón de lagartijas muertas; aunque hicimos las pruebas rutinariamente y estas confirmaron lo que esperábamos, es decir que el producto se había concentrado en las salamanquejas debido al gran número de moscas contaminadas que consumieron. Pero las lagartijas son una cosa y los gatos son otra. Estas personas realmente les tienen afecto a sus gatos: no hay casa ni cabaña, sin importar cuán primitiva sea, que no tenga al menos un par. Unas cosas de aspecto sarnoso, patilargas y flacuchentas, tal vez, no del tipo de animales que se verían aquí, pero así era allá: amaban a sus gatos. Porque los gatos eran útiles, usted comprende; sin ellos, el lugar se habría inundado de roedores en una semana.

Tiene razón, senador, sí; eso fue exactamente lo que pasó. Como ven, los gatos hicieron su agosto con estas débiles salamanquejas; pueden imaginarse, si alguno de ustedes alguna vez ha tenido un gato, la dicha que estos animales deben haber experimentado al ver a su némesis, esta lagartija ultrarrápida, que apenas si se arrastraba por el suelo como un bicho. Bueno, para hacer corta la historia, los gatos se devoraron todas las salamanquejas muertas y moribundas del país desde el hocico hasta la cola, y entonces los gatos comenzaron a morir... lo cual, en mi opinión, no habría sido una gran pérdida de no haber sido por las ratas. De repente había ratas por todas partes; no se podía conducir por la calle sin atropellar a media docena de una vez. Contaminaban los suministros de grano, caían en los pozos y morían, mordían a los bebés mientras dormían en sus cunas. Pero eso no fue lo peor, ni de lejos. No, las cosas fueron de mal en peor después de eso. Al mes siguiente estábamos recibiendo informes dispersos de peste bubónica, y por supuesto a todos les hicimos seguimiento y nos aseguramos de que la gente recibiera un ciclo de tratamiento con antibióticos, pero aun así unos cuantos murieron y las ratas siguieron llegando...





Sí, ese era mi plan. Una noche estaba en una lluvia de ideas, las ratas correteaban por todo el remolque como salidas de una película de terror barata, los aldeanos en pánico por la amenaza de la peste y el flujo ininterumpido de informes histéricos proveniente del interior: la gente se ponía negra, se hinchaba y estallaba, ese tipo de cosa; bueno, como le digo, se me ocurrió un plan, una solución provisional, no era perfecta, ni barata; pero en esta disyuntiva, estoy seguro de que ustedes están de acuerdo, algo tenía que hacerse.

Terminamos yendo hasta Australia por algunos gatos, vaciamos las instalaciones de la Sociedad Protectora de Animales y lo que hubiera, aunque recolectamos la mayoría en Indonesia y Singapur, aproximadamente catorce mil en total. Y sí, nos costó —nos costó dinero contante y sonante, combustible de aviación y horas extras de los pilotos y todo lo demás—; pero realmente sentimos que no había alternativa. Era como si toda la naturaleza se hubiera ensañado con nosotros.

Y, a pesar de todo, al fin de cuentas, conseguimos muchos amigos para los EE. UU. el día en que dejamos caer esos gatos; caballeros, deberían haberlos visto, los pequeños paracaídas y arneses que nos inventamos, catorce mil en total, gatos de todos los colores del arcoíris, gatos con una oreja, sin orejas, con media cola, gatos de tres patas, gatos que podrían haberse sentido orgullosos de exhibirse en Springfield, Massachusetts, y todos cayendo en piruetas desde el cielo como grandes y enormes copos de nieve.....

Eso había que verlo. Fue un acontecimiento.



Por supuesto, todos ustedes han visto los informes. Había otros factores con los que no habíamos contado, las condiciones adversas en los arrozales y los campos de mandioca: no sabemos, hasta el día de hoy, qué especies depredadoras exterminaron por error las fumigaciones iniciales, eso es un misterio; pero los gorgojos y qué sé yo cobraron un precio muy alto en las cosechas de ese año, y para cuando dejamos caer los gatos, bueno, la gente estaba tan hambrienta que supongo era inevitable que perdiéramos a buena parte en ese momento. Pero ahora tenemos un programa de CARE y algo exterminó a la población de ratas: todavía no sabemos qué, creemos que un virus; y me dicen que las salamaquejas están regresando.

Lo que digo es que pudo ser peor, y no hay mal que por bien no venga. ¿No es verdad, caballeros?



Thomas Coraghessan Boyle

Nació en Peekskill (New York) en 1948. Se licenció en Lengua Inglesa en NYSU. Fue admitido en 1972 en el prestigioso Iowa Writers' Workshop. Fundó los cursos de Escritura Creativa de la USC. Ha publicado alrededor de 16 novelas y más de 100 cuentos en revistas como *The New Yorker* y *Esquire*. Sus historias suelen explorar los intereses y costumbres de la generación del Baby Boom. Ha recibido varios premios: el Guggenheim, el PEN/Faulkner, el PEN/West Literary Prize, la Commonwealth Gold Metal for Literature y el Nacional de las Artes y las Letras por Excelencia en Prosa, el Médicis Étranger y seis O. Henry. Algunos de sus libros son: *World's End*, *The Women*, *Wild Child and Other Stories*, *Drop City*, *A friend of the earth*, *Riven Rock* y *Water Music*.

María Cristina Leyva Isaacs

Nació en Honda, se educó en Ibagué. Se graduó como Secretaria Bilingüe en el Instituto Colombo Americano de Bogotá. Su trabajo en varias multinacionales la llevó a convertirse en traductora de documentos técnicos para el sector energético y otros ámbitos institucionales. Hizo los cursos libres de traducción de la Universidad Nacional e inglés jurídico y financiero en la Universidad del Rosario. Instructora de los programas para Jóvenes en Acción y Reinsertados. Sus hobbies: la música, el cine y la literatura. En sus ratos libres traduce cuentos y poemas. Premio Accésit de Traducción Poética de la Universidad de Extremadura, España en 1995. Miembro Sénior de la ACTTI y participante del colectivo de traducción ACTTI Literaria.





asociación colombiana de traductores,
terminólogos e intérpretes